

CUADRO GENERAL

DE LOS TRABAJOS APOSTÓLICOS EN 1893

Todos los años, en este lugar, trazamos á grandes rasgos la historia del apostolado, y todos los años vemos sucesivamente el triunfo y la contradicción: pueden cambiar los nombres de los países y de los hombres, pero el relato es constantemente el mismo: la Iglesia aparece como la gran combatiente, siempre atacada, pero viviente siempre á pesar de los esfuerzos combinados del tiempo y de los hombres.

No tenemos que detenernos mucho en nuestras Misiones de Europa. Ciertamente que no han depuesto las armas los enemigos de la Iglesia, y que el espíritu sectario trata de entorpecer el incontrastable impulso que lleva hacia nosotros á nuestros hermanos separados; pero, mientras que Suiza adelanta en el camino de pacificación; mientras que Inglaterra, Suecia, Dinamarca y Noruega dan al clero católico y á sus fieles, por el mayor bien del Estado, la única cosa que reclaman, la libertad de hacer bien y de orar; Alemania, en la persona de su Emperador, va á saludar en el Vaticano la fuerza moral más grande que hay en el mundo, el Pontificado. Ahora más que nunca, podemos así decirlo, León XIII ha personificado á la Iglesia, y no pocos de nuestros adversarios á quienes sus preocupaciones retienen lejos de nosotros, se inclinan ante la majestad de aquel que lleva la triple corona de Padre, Pontífice y Rey.

Esta influencia de Su Santidad León XIII se ha afirmado sobre todo en Oriente. ¡Con qué seguridad de vista el Papa actual, desde los comienzos de su pontificado, presintió el despertamiento de esta tierra venerable y consagrada por tantos recuerdos! Era casi el único que esperaba lo que Dios realiza hoy con tanta magnificencia. Los últimos años habíamos saludado el retorno al

verdadero redil de comunidades cristianas hasta entonces hostiles ó desconfiadas; habíamos oído con vivo gozo los relatos llenos de esperanza de los misioneros y Religiosas; admirábamos cómo, con escasísimos recursos, el Catolicismo luchaba contra los esfuerzos de protestantes y cismáticos, que, sostenidos con el dinero de su respectiva patria y de las Sociedades Bíblicas, se disputan la influencia en ese Oriente, campo de batalla hoy de las ambiciones europeas. Pero, confesamos con gusto que el éxito sobrepuja á nuestras esperanzas, y el Congreso Eucarístico, celebrado en la misma ciudad de Jerusalén, ha sido uno de esos acontecimientos que señalan el comienzo de una nueva era: el Oriente se separó de la comunión romana por un acto de rebelión

contra Pedro, y he aquí á todo el Oriente que en el centro del Cristianismo, en la Ciudad Santa, aclama á Pedro en la persona de León XIII. ¡Espectáculo memorable! Se ha visto á un Cardenal rodeado de cuatrocientos sacerdotes y una multitud inmensa formar como una guardia de honor á la Sagrada Eucaristía. Era el *Hosanna* del Domingo de Ramos á la gloria del Salvador; era el abrazo del Occidente y del Oriente; era, conforme la frase del Emmo. Langenieux, «la Tierra Santa recobrando su antiguo esplendor y su maravillosa fecundidad.»

Séanos permitido, á este propósito, dar gracias al Soberano ilustrado é inteligente que autorizó y aun favoreció esta imponente manifestación. Ya en la propia ciudad de Constantinopla se había paseado

procesionalmente por las calles al Santísimo Sacramento, escoltado por la guardia del Sultán y á los acordes de la música Imperial: el año que acaba de finar nos reservaba más aún. Mientras que jefes de naciones católicas no permiten las pompas cristianas en la vía pública, el Emperador musulmán, sucesor de Mahoma, ha comprendido que el Catolicismo era una grande escuela de respeto, y concede á sus súbditos católicos una libertad con harta frecuencia pedida y rehusada en tierras enteramente perfumadas por recuerdos y beneficios de la Iglesia.

Penetremos en el Extremo Oriente. Poco importante hay que señalar allí, donde la Iglesia continúa, en una



DOS GUINEAS.—Una familia cristiana de Gabón, comerciante en el Ogowé. (Pág. 37)

paz relativa, su misión civilizadora. Sin duda los misioneros en Tunkín están aun expuestos todos los días á las solapadas persecuciones de los mandarines, que logran con trabajo anular la buena voluntad de los Residentes franceses; sin duda que, á pesar del protectorado, príncipes anamitas han sido encarcelados y desterrados por la fe; sin duda que el hambre y las inundaciones en China y las Indias han afligido á nuestros cristianos, y proporcionado á nuestros bienhechores la ocasión de responder por la caridad á las súplicas del apostolado; pero puede decirse que la palabra sagrada corre á través de esos desheredados países: el ilustrísimo Pelvat ha recibido de la Santa Sede el gobierno de la Iglesia de Nagpore, cuyo venerable fundador, el Ilmo. Riccaz, ha sido prematuramente llamado á la eterna recompensa; Corea, merced á los últimos tratados, permite á los misioneros instalarse, no á la manera de nómadas, en su suelo fecundado por tanta sangre, y que parece en sazón para la cosecha; el Imperio del Sol Levante otorga á la Iglesia más amplia libertad que la que goza en muchos países europeos; los catequistas ayudan en su tarea á los misioneros, y una iglesia, dedicada á Nuestra Señora del Japón, atestiguará muy pronto el imperio de la Santísima Virgen en la provincia misma donde murieron por la fe los últimos Mártires jesuitas canonizados. El reino de Siam, en medio de las amenazas de guerra, respeta á los misioneros franceses y sus establecimientos. La India se cubre de escuelas, y la populosa ciudad de Calcuta ve florecer un colegio de Jesuitas, que no es inferior á los que ha levantado en todas partes la valiente Compañía para honor de la ciencia y de la civilización.

¿Por qué la carencia de recursos contiene por do quiera el impulso impreso por el celo apostólico? ¿Por qué ¡ay! no contamos con las cuantiosas sumas que las Sociedades Bíblicas envían á nuestros hermanos separados? ¿Este es el secreto de Dios! Adorémosle, pero supliquémos al Dueño de la viña que fecunde cada vez más los trabajos de nuestros misioneros, y que se redoble el celo y generosidad de nuestros bienhechores.

En el momento en que se publicó el último Cuadro general, á principios de 1893, el cardenal Lavigerie dirigía aún, con mano firme y segura, sus fundaciones gigantescas: sucumbió luego, pero; más feliz que Alejandro, dejó continuadores de sus obras. La Iglesia y su patria, reunidas en la fraternidad de un mismo duelo, le dedicaron solemnes funerales. El Ilmo. Dusserre en Argel; el Ilmo. Livinhac, jefe de los Padres Blancos, que son la creación más heroica del eminente Púrpura; el Ilmo. Combes en Cartago, y el Ilmo. Toulotte en el Sahara, formados en la escuela del Primado de Africa, se reparten su herencia y prosiguen en paz el surco tan bien comenzado.

Copiosa cosecha han recogido las Congregaciones que trabajan y oran en la tierra de Cam. Nada, excepto la pobreza, ha venido á contrariar los trabajos de los Lazaristas en Abisinia, y bajo el protectorado de Italia pueden libremente adelantar la obra de Dios. Por su parte los Jesuitas de Zambeza vuelven á recobrar poco á poco las posiciones perdidas, y nuevos operarios evan-

gélícos han llenado los vacíos que causara la muerte: los Padres de las Misiones Africanas siembran en Tanta, en el Cairo, en todo el Egipto, en una palabra, obras ricas de porvenir, y en el interior del Continente negro, en Lagos, en Elmina, en Abeokuta y en Dahomey despliegan una abnegación á la que tributan solemne homenaje las naciones europeas: los Padres del Espíritu Santo, por su parte, desarrollan el campo de acción que les encomendó la Propaganda, y si Zanguebar ha cedido á Gabón uno de sus más ilustres misioneros, el Ilmo. Le Roy, no prosigue menos, gracias á la hábil dirección de su ilustre Obispo, esa Misión civilizadora, saludada á competencia por ingleses y alemanes; mientras que en el Congo francés el Ilmo. Augouard instala en Brazzavilla una colonia de Hermanas de San José de Cluny, reuniendo así en un país remoto la doble familia del Venerable Libermann.

Finalmente, el Ilmo. Lasserre en Aden, y el ilustrísimo Taurín entre los galas, demuestran que entre los hijos de San Francisco de Asís la abnegación no envejece: el cardenal Massaja, el ilustre y legendario apóstol de los galas, ha dejado, como nuevo Elías, su manto á otros Eliseos.

No nos han faltado, empero, las contradicciones: Argel ha sufrido los horrores del hambre, que el Gobierno francés y la caridad no han podido, á pesar de sus esfuerzos combinados, impedir totalmente: los Jesuitas de Madagascar han experimentado las consecuencias de los sucesos políticos de la grande isla, y aun otras intrigas de orden inferior han atacado la elevada y pacífica personalidad del Ilmo. Cazet, si bien ha salido triunfante de la prueba con gran satisfacción de todos los que examinan imparcialmente las cosas. Los más contrariados han sido sin duda los Padres Blancos del Victoria Nyanza: arrojados de su querida y magnífica Misión por la hostilidad y envidia de las sectas; despojados violentamente, en pocas horas, por inicuas revindicaciones, de lo que emplearon veinte años para conquistar, se han refugiado con sus neófitos al límite de la Misión, y allí tomando al cielo y á la tierra por testigo de las expoliaciones consumadas por sus enemigos, han obligado á toda Europa á reconocer la justicia de su causa, é Inglaterra, desautorizando lo que se había hecho en su nombre y sin su conocimiento, ha devuelto, en gran parte á lo menos, el redil y las ovejas á los pastores desposeídos.

En los Estados Unidos de América la Exposición Internacional de Chicago, al proclamar á los ojos del mundo la vitalidad y el poder de la gran República, ha proporcionado al presidente Cleveland ocasión de afirmar la creencia y la fe en Dios del pueblo americano. En medio del escepticismo oficial afectado en Europa en las altas regiones del poder, complace oír al jefe de una gran nación confesar públicamente la soberanía de Aquel que reina en los cielos.

Por lo demás, favorecido por la libertad que le otorga una Constitución tolerante é inteligente, el Catolicismo extiende cada vez más en América sus vigorosas ramas. Séanos permitido, empero, manifestar nuestra pena y dirigir una humilde súplica á los ilustres Arzo-

bispos y Obispos que dirigen con tanta sabiduría aquella hermosa y floreciente Iglesia. Dignense no olvidar la Obra de la Propagación de la Fe, y en medio de sus consuelos recuerden que gracias á ella, después de Dios, se han obtenido tan magníficos resultados. Desde el año 1822, en efecto, hemos enviado á los Estados Unidos más de veintisiete millones de francos. ¿No tenemos, pues, el derecho de esperar que América considerará como punto de honra ocupar á su vez en el presupuesto del apostolado católico un lugar digno de sus riquezas y de su probada sabiduría?

Por otra parte, las ofrendas que nos envíe ¿no tendrán acaso inmediato empleo en favor de las comarcas menos privilegiadas que la rodean? ¿Cuántas iglesias pobres, al Norte del Canadá especialmente, solicitan nuestros auxilios! ¡Ay! con nuestros limitados recursos no podemos sostenerlas sino de un modo harto insuficiente.

En breve haremos la misma súplica á la Oceanía, en donde, bajo el primado de un Cardenal, veinte Obispos desarrollan la obra de Dios en paz y libertad. Allí también los Maristas y los Padres del Sagrado Corazón de Issoudun nos dirigen fundados llamamientos. En frente de tribus en otro tiempo entregadas al canibalismo y hoy en sazón para la cosecha, gimen viendo su acción contenida por la pobreza, mejor dicho, por absoluta carencia de lo más indispensable. A esta prueba se ha unido otra más cruel tal vez, la muerte del Ilmo. Verrius, este joven y amable obispo cuya popularidad entre los salvajes de Nueva Guinea aseguraba el éxito.

Antes de terminar este brevísimo cuadro dediquemos un afectuoso recuerdo á nuestros queridos delegados de Méjico. ¡Ay! mientras que el Ilmo. Terrien reanudaba su tarea interrumpida por un legítimo descanso en su país natal, el ilustre P. Boutry venía á su vez á pasar algunos meses en Europa.

Le vimos desde su llegada, generoso y entusiasta, y nos prometíamos de él una larga carrera de abnegación. Dios lo dispuso de otro modo. Otorgóle el supremo consuelo de abrazar á su anciana madre, y luego el de ir á Roma, para que bendijese su misión el Sumo Pontífice. Una muerte casi repentina defraudó todas las esperanzas que fundábamos en su actividad y celo. Pero como en el ejército de Dios, un soldado que cae es pronto reemplazado por otro que se levanta, el surco no quedará por cierto interrumpido.

Después de nuestras tristezas hablemos de los gozos de nuestra Obra. El primero fué la doble beatificación de diez misioneros de la India y de la China, á quienes Su Santidad el Papa León XIII elevó al honor de los altares á principios del año 1893: cinco Religiosos de la Compañía de Jesús, el P. Rodolfo Acquaviva y sus compañeros, martirizados en Salsete en 1583, y cinco Padres Predicadores, el Ilmo. Sanz y sus compañeros, muertos por odio á la fe en 1747 y 1748 en la provincia de Fokien.

Por último, este año hemos tenido la satisfacción de

ver bendecidas de nuevo nuestras queridas *Missions Catholiques* en el vigésimoquinto aniversario de su fundación. La más elevada autoridad de la tierra, el Papa, en un Breve dirigido á los Directores de la Obra, se «felicita de los piadosos y fecundos resultados obtenidos por nuestras publicaciones, y ensalza con efusión un trabajo útil á la salud de las almas y al esplendor de la Religión.» El Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Propaganda, al hacer llegar á nuestras manos la Carta Pontificia, se dignó acompañarla con las siguientes palabras: «Nada más justificado que esta prenda de la alta benevolencia del Padre Santo hacia un periódico, que vulgariza entre las familias cristianas el conocimiento de las obras y de los sacrificios heroicos de nuestros misioneros.» Finalmente, S. Ema. el cardenal Foulon, á quien á los pocos días había de arrebatarse la muerte al amor de sus diocesanos, afirmó en afectuosa carta dirigida á la Redacción, que «la interesante Revista *Les Missions Catholiques* ha sido para la Obra misma de la Propagación de la Fe un serio apoyo y un medio de difusión real.»

La misma nota de elogios se encuentra en las cartas que nos han llegado de todas las comarcas del mundo. Las resumiremos en las siguientes lisonjeras líneas que nos ha dirigido desde Pondichery un Padre de las Misiones Extranjeras.

«Hace veinticinco años, dice el Rdo. Fourcade, subí por primera vez al sagrado altar, y hace veinticinco años también que aparecieron las *Missions Catholiques*. Nacidos al mismo tiempo á la vida del apostolado, con frecuencia hemos combatido juntos. ¡Cuántas municiones me han suministrado en lo más fuerte del combate, y qué generosa hospitalidad me han concedido en época de hambre!

«¡Publicación querida, seas siempre mi providencia! ¡Dentro de veinticinco años serán nuestras bodas de oro! Entonces te daré mi postrera bendición: tú verás tu juventud renovarse como la del águila; mientras yo, en el umbral del paraíso, tendré la inefable dicha de abrazar esas hermosas almas que, gracias á la generosidad de tus lectores, han sido purificados con la sangre del Cordero.»

Como demostración del bien cumplido por las *Missions Catholiques*, y para que se comprenda la simpatía con que las miran los misioneros, baste decir que el total general de los donativos insertos en la última página de cada número, llega ya á la suma de 4.058,837 francos.

CORRESPONDENCIA

CHINA

Consagración y muerte del Ilmo. Sr. D. Fr. Ignacio Ibáñez, vicario apostólico de Fokien-Sur

Desde Kangboé escribe el Rdo. P. G. B., misionero dominico, el 17 de Octubre de 1893:

IGNORO si podré poner en orden mis ideas, pues quisiera decirlo todo y pronto para aliviar la opresión que mi alma sufre.

El día 8 de Septiembre terminé la novena y confe-

siones de Splo; el 9 nos visitó un buen tifón; el 10 calmó, y el 11 bajé á Kangboé para ir á Emuy, porque me habían dicho que el P. Cañal y el P. Giralt estaban enfermos, y en Emuy es preciso un misionero sano para atender á los negocios diarios.

Cuando llegué aquí me dijeron que el señor Vicario apostólico había llegado á Emuy sin consagrarse. Me alegré, pero no pude salir para Emuy, porque el tifón recrudeció en todas las direcciones, y duraron los aguaceros tres días. El cuarto día pude ya salir.

Me habló el Vicario apostólico de la consagración, y me dijo que no se había consagrado en Focheu, porque quería que lo viesen los cristianos para que se moviesen y enfervorizasen en la fe; que tenía invitados á los Obispos de Tunkin, y que pensaba consagrarse el día 1.º ó el 8 de Octubre. Arreglados allí los asuntos volví á Kangboé para la fiesta del Rosario.

El 6 de Octubre, nuevamente avisados, salimos el P. Larraona y un servidor; mas después de seis horas de viaje tuvimos que volver atrás, porque la mar estaba alborotadísima y era buscar la muerte. Atravesamos una montaña, buscamos otro brazo de mar y tomamos otro barco bastante grande. La navegación fué en un principio suave, pero luego empezó el viento á arreciar, y no había modo de aportar á Emuy. Después de infinitas revueltas, abrasadas las caras por las olas, pudimos desembarcar en un arenal de Kolonsu, isla que está enfrente de Emuy.

Pasamos después á la iglesia. Las torres estaban engalanadas con banderas de nuestros colores nacionales. La gente aguardaba alegre la gran función del siguiente día. Los Ilmos. Sres. obispos Oñate, Massot y Velasco habían llegado dos días antes. La presencia de cuatro Obispos era para nuestros neófitos cosa sorprendente. Se habían reunido, además, los PP. Alier, Jimeno, Aguirre, Torres y Arellano. En fin, jamás se había visto tanta animación en la Misión de Emuy.

El Sr. Ibáñez, cuando llegó la hora de su consagración estaba pálido; pero respondió con voz llena á las preguntas del consagrante, y cantó perfectamente por tres veces *ad multos annos* al fin de la Misa. Los cristianos notaron que tenía muy mal color cuando salió á dar la bendición episcopal acompañado de los demás Obispos.

Cuando volvimos á casa, observé que el nuevo Obispo no tomaba nada de desayuno; pero lo atribuí á la emoción que naturalmente sentiría. El P. Cañal se me acercó y me dijo:

—El Obispo está malo.

En efecto, le pulsé y tenía una buena calentura. Por indicación mía se retiró y acostó en cama. La fiebre fué subiendo, acompañada de dolores.

Tres días después, viendo que no había el menor alivio, le dije:

—Señor, así es imposible vivir. Reconcíliese, y le daré el Viático antes que la fiebre le quite el conocimiento.

A lo cual accedió él muy conforme con la voluntad de Dios.

El día 14, antes de amanecer, le dije que era llegada la hora de administrarle la Extremaunción, y me contestó:

—Bueno, hágase la voluntad de Dios.

Pasó un poco de tiempo y me dijo:

—¿No me da luego la Unción?

Llamé al P. Cañal para que me acompañara, el cual como no creyese en la gravedad, se asustó y dijo al enfermo:

—¡Cómo! ¿Te quieres morir?

Contestó él:

—¿Pero no ves que estoy ya tartamudo? Yo me muero: dadme luego la Santa Unción.

Le di el último Sacramento y le apliqué todas las indulgencias, y á las nueve de la mañana, paciente, resignado y conforme con la voluntad de Dios, murió diciendo: *Asu! asu!* que era lo único que podía pronunciar.

Fué obispo siete días. De la consagración se fué á la cama, y de la cama á la sepultura. Tenía cuarenta y cinco años. Dejó un diccionario y varios libros escritos en lengua china.

¡Descanse en paz el virtuoso y celoso misionero!

GOLFO DE GUINEA

XVII

Nuevos detalles de la isla de Corisco: Moralidad, religión, leyes y preocupaciones.—Progresos de la Misión

QUÉ diremos de la moralidad, religión, leyes y preocupaciones de los indígenas? Respecto á la moralidad, podemos decir, que dominados como están por la avaricia y entregados al degradante vicio de la embriaguez, y teniendo allí su sede propia la fatal é inveterada poligamia, que se considera como ley del país, ya puede suponerse que la moralidad es casi nula, y que á excepción de la ferocidad, es un pueblo enteramente salvaje, si bien que ahora ya muy morigerado por la influencia de la Religión católica.

Tocante á religión, no se conocía ninguna determinada y positiva. Reconocían como criador al Ser Supremo. Al preguntarlos quién crió el sol, el mar, la tierra, etc., respondían Anyambé (Dios). Sin embargo, no le tributaban culto alguno exterior, ni daban muestras de reconocer para nada su sabia y amorosa Providencia. Dicen que conocen á Dios, mas le niegan con sus hechos, se les podía decir con el Apóstol...

Era común entre los antepasados la creencia en toda clase de superstición, hechizos y maleficios. Todavía quedan hoy algunos restos, con la particularidad que los practican sin darles crédito, según ellos mismos confiesan. Consisten algunas de estas supersticiones en llevar colgado del cuello cierto talismán, ya sea raíz, palo ó hueso, para defenderse del espíritu malo (Ukuku), librarse de todo infortunio, ó bien obtener algún beneficio, como de tener acierto en alguna venganza, alcanzar tales riquezas, etc. Al demostrarles la ridiculez de tales prácticas, se ríen; diciendo:

—Ya sabemos que es una tontería, pero...

¡Cuánto puede la costumbre! Lo propio pasa con otra especie de superstición llamada beatée, tan abominable

que á ellos mismos les repugna y se ocultan para ejecutarla, ó á lo menos procuran no entiendan el secreto.

Pasado cierto tiempo después de haber fallecido el jefe de la familia, abren la fosa donde enterraron el cadáver, extraen el cráneo y lo entregan al primogénito del finado, quien lo coloca secretamente en algún rincón ó armario, si lo hay, de la habitación. Desde el momento se supone que el espíritu del padre cuida de un modo especial de su hijo, le protege y dirige en sus empresas, etc. Al emprender éste un viaje, mata una gallina ó una cabra, la guisa convenientemente y la coloca junto al misterioso cráneo, en la seguridad de que el espíritu del padre, agradecido por aquel convite, le preservará de males y le concederá un éxito feliz en su viaje.

parte la poligamia tan profundamente arraigada, que era poco menos que imposible su exterminio. Por otra parte observaban que todos los que un día fueron educados por los Padres Jesuitas y los que salen de la Misión de Gabón, viven á lo pagano como los demás; pero ellos, esforzados por la virtud del muy Alto, acometen la empresa, echando mano del único remedio que se les presentó á la vista, que era la educación religiosa de los niños de ambos sexos; y la formación de familias cristianas unidas en santo vínculo, apenas salidas de la Misión. A la práctica de este medio, á más de la experiencia que tenían los Padres de la irresistible fuerza que tienen las costumbres del país para arrastrar aún á lo que saben les ha de perder, les convenció de ello el siguiente caso.



DOS GUINEAS.—Aldea y discusión de pahuinos. (Pág. 34)

Habiendo leído el citado P. Salvador esta relación en una Revista de las Misiones del Congo, preguntó al jefe de Corisco si era esto verdad, y Otimbo Ingengi respondió que él mismo, si bien que por compromiso y sin creer en ello, lo había verificado, y que luego de haber llegado la Misión se desprendió del cráneo de su difunto padre, que tenía oculto, volviéndolo á enterrar con todo secreto una noche, para evitar las burlas de los que no creen en tamaña superstición.

Ante estas gravísimas dificultades, motivo había para abandonar el campo; y de seguro lo habrían hecho nuestros misioneros, si sus esperanzas se hubieran sólo cifrado en sus sudores y débiles fuerzas. Veían por una

Al poco tiempo de llegada la Misión, presentóse al Padre Superior un joven que hablaba el francés y que por sus modales dejó entrever que era católico. Preguntado por el Padre si vivía como tal (que en aquel país equivale á la pregunta: ¿cuántas mujeres tienes?)

—Por desgracia, replicó, tengo también dos, sin ser casado con ninguna.

Le hizo algunas reflexiones sobre los novísimos y lo que sentiría á la hora de la muerte.

—*Oh mon Révérend Père*, respondió, *je le sais bien celà!... Oh! Beati mortui qui in Domino moriuntur...*

—¡Ola! ¿Y dónde aprendiste esto?

—Concluí mi curso de latín en la Misión, y por falta de constancia me hallo perdido con todos mis conocimientos del bien, respondió.

¿Qué hacer? Encomendarse á Dios y manos á obra; la importantísima tarea de la instrucción de la juventud y de la niñez era, á su parecer, el único remedio á tanto mal, y por cierto que no lo descuidaron nuestros misioneros: pláticas acomodadas á su capacidad, conferencias especiales á los jovencitos; todos, todos los resortes tocaron para que naciera la verdad evangélica en aquellos corazones. ¡Cuán bien premiados fueron tan azarosos trabajos! Pronto pudieron alistar al gremio de la Iglesia católica á una porción de párvulos y á no pocos jóvenes de ambos sexos que, ávidos del título de católicos, suspiraban para que se les abrieran de par en par las puertas del templo santo. Y ¿qué diríamos del crecido número que mereció se les franqueara la puerta del cielo, por medio del Bautismo *in articulo mortis*? Uno de estos agraciados fué el célebre médico de que antes hice mención, como último vástago de la familia Willé. Recibió el Bautismo en su mismo lecho de muerte el día de Santiago, apóstol, y á los pocos días, sintiendo muy próximo su fin, él mismo pidió la absolución y Extremaunción, entregando luego su alma al Criador.

Como prodigio de la poderosísima influencia del Corazón Inmaculado de María, es digno de contarse el portentoso hecho de la administración del Bautismo á una adulta que rehusaba furiosa la gracia del Santo Bautismo. He aquí el caso.

Bingasunga, madre de Beongo y Elombobangani (hombres notables), y mujer de más de setenta años, estando enferma de muerte, se irrita contra sus hijos, que le proponen el bautismo, diciendo que la quieran matar, según la preocupación infundida por los protestantes de que *el bautismo entumece á los párvulos y mata á los viejos*.

A pesar de esto insta el misionero á sus hijos, y les hace cargos sobre la responsabilidad que van á tener de dejar morir su madre sin el Bautismo, estando tan cerca de la Misión. Amedrentados persisten, pero inútilmente, hasta que, desengañados, suplican al misionero no les hable de ello, porque la enferma se pone furiosa al proponérselo. Mas, sale el sol del viernes 12 de Junio, se descorre el velo que cubre el cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, y se comienza la novena... Y ¡oh prodigio de la gracia! el sábado 13, á las nueve de la mañana, llaman al misionero unos hombres, entre los cuales divisó á Beongo cabizbajo, y le dicen:

—Mire V. que Beongo le quiere decir que su madre se queja, porque no van luego á bautizarla...

El pobre hijo Beongo estaba tan afectado del repentino cambio de su madre, que no acertaba á hablar... En efecto, aquella misma tarde se la preparó y bautizó, con gran satisfacción de los muchos circunstantes que se reunieron para presenciarlo, y aprovecharonse no poco de la instrucción que allí se les hizo, explicando la necesidad del bautismo, y deshaciendo las falacias que había esparcido el enemigo.

La novena continuó, y á la par los bautizos de todas edades; y muchos aun de los indiferentes iban preguntando cómo se hacía para poderse bautizar. María Bingasunga en meno de veinticuatro horas pasó á dar las gracias al Corazón de Jesús que le había concedido

dicha tan extraordinaria, muriendo con la mayor paz y tranquilidad.

Así fué extendiéndose el Catolicismo en Corisco en tal proporción que apenas montado el colegio, en seguida estuvo repleto de alumnos, y tuvo que tratarse de su prolongación para poder dar cabida á las continuas peticiones que se hacían. En cambio la escuela protestante iba minorando tan apresuradamente, que en Noviembre del 86 ya el pastor protestante no tenía otros alumnos en su escuela que sus hijos y algún sobrino; total cuatro ó cinco niños. Nada digo de los adultos, porque ya se deja conocer que las oraciones de aquellos parvulillos alguna eficacia habían de tener á favor de sus padres, ante Aquel que tenía sus delicias en estar con los niños. Sin embargo, la conversión de éstos siempre ha ido despacio á causa del maldito hábito de la poligamia. Decía uno al proponerle que había de dejar sus mujeres: «¿Y quién me abona á mí lo que pagué por ellas?» Es decir que el interés era la única causa que impedía el tal desprendimiento. Con todo, siempre iban conquistándose algunos: cuando se bautizaban unos, ya había otros que se estaban instruyendo; resultando que el año 88, según relación del Padre Superior de aquella casa, casi todos los niños de la isla estaban en el colegio de la Misión, y los protestantes ya quedaban reducidos á setenta y nueve; de modo que todos los esfuerzos de los misioneros podían reducirse á la conversión de los infieles, que formaban la mayoría. Una cosa echaba de menos aquel celoso y activo apóstol de los corisqueños en la rápida evangelización de aquellas gentes, y era el establecimiento de Hermanas para la educación de las niñas, que pudieran servir de base para la celebración de matrimonios; deseos que pudo ver satisfechos antes de su muerte, si bien no logró palpar los bellos resultados que de esto se han seguido. Que todo sea á mayor gloria de Dios y salvación de las almas de aquellos pobrecitos.

ÁFRICA OCCIDENTAL

Excursión á la Maringa

El Rdo. P. Allaire, misionero de la Congregación del Espíritu Santo y Sagrado Corazón de María, desde Brazzavilla escribe con fecha 24 de Diciembre de 1892 al Ilmo. Augouard, vicario apostólico del Ubanghi:

ENTRE los trabajos que incumben á los misioneros de vuestro vicariato, uno de los más dulces sin contradicción, es el del rescate de niños esclavos, tan numerosos aún en el centro de Africa. Las dificultades y peligros no faltan en esta obra de redención; pero cuando nos hallamos ante esos desgraciados condenados á la muerte; cuando gracias á las limosnas de las almas caritativas, podemos romper sus cadenas, ¡con qué efusión damos gracias á Dios! ¡Qué alegría en la Misión, cuando en lontananza se divisa el León XIII (1) llevando el precioso cargamento! Todos los muchachos

(1) Barco de los misioneros.

acuden á recibir y festejar como hermanos, á los recién llegados.

Creo será del agrado de V. Ilma. la relación de los dos viajes que acabo de verificar.

La mayor parte de los niños destinados á ser devorados por los antropófagos del Ubanghi, proceden de los ríos ecuatoriales del Estado independiente del Congo. Queriendo combatir este triste azote en su origen, me dirigí hacia el río Maringa y los que desaguan en él.

Desde San Luís, llegué en siete días á Basankusu, lugar de aquel río en donde ya hay niños que rescatar. Aquí me dijeron los señores comisarios que el país estaba en guerra, y que sería mal recibido por los indígenas ó no encontraría á nadie: sin embargo, pasé adelante. Venían conmigo tres muchachos de la Misión de San Luís, que rescaté en el mismo río en otra excursión. Algunos jefes conocían ya el *León XIII*.

Heme pues, aislado en la Maringa, en Waka, primer pueblo. Así que ven el vapor, todos los indígenas echan á correr con lo más precioso que poseen, y como no tienen gran cosa, sus equipajes no les molestan (1). Pasé la noche en un pueblo de doscientas chozas vacías, con techumbres muy bajas, sin separaciones ni tabiques.

Esperé con paciencia que los más atrevidos entrasen en comunicación con nosotros, pues aunque á nadie veíamos, sabía que nos vigilaban.

Al cabo de media hora, se oye á lo lejos el famoso:

—¿Onko na?... (¡Quién va!)

Uno de mis hombres toma la palabra y dice:

—¡Soy fulano!

—¡Yo soy zutano! dice el otro de lejos.

—Yo he venido con fulano y zutano. (Todos salen á relucir). El blanco que está ahí, es mengano.

—Pues, ¿qué quiere ese blanco? ¿Por qué viene con barco de humo, sino para hacer la guerra?

La conversación sigue de esta manera á veces dos horas enteras. Pero por fin, mediante la promesa de algún regalito, el miedo se disipa, poco á poco se acercan y conversamos: los indígenas son los primeros que se rien del susto, y rodean al blanco, que es objeto de sus apreciaciones, á veces poco lisonjeras.

Entonces entro yo en escena, manifiesto el objeto de mi viaje, y me hacen promesas para el día siguiente. Luego, reúno á los jóvenes que me acompañan, y nos arrodillamos en aquel rincón del mundo, donde quizá nadie ha rezado aún á Dios.

Entre los indígenas que nos observan, unos huyen precipitadamente, otros rien: al vernos rezar no sabían de qué se trataba y aproveché la ocasión para hablar de Dios á aquellos salvajes.

Al día siguiente por la mañana, me trajeron un niño esclavo, que al verme abrió desmedidamente los ojos,

(1) En la Maringa son aun desconocidas las telas. Todos los hombres sin distinción se ciñen un cinturón de cuero de dos ó tres centímetros de ancho, en el que cuelgan el cuchillo. Los jefes ó guerreros que han muerto un gato-tigre ú otro animal por el estilo, llevan su piel delante, más por ostentación que por decencia. Las mujeres llevan también un cinturón en el que cuelgan cada mañana algunas hojas secas de plátano, añadiendo á ellas un cabo de cuero.

pero los muchachos de la Misión le dijeron que no temiese.

—¿Quieres venir conmigo? No serás más esclavo ni te maltratarán, y cuando yo me muera no te cortarán la cabeza.

El muchacho no se hizo de rogar para decir que sí. A veces casi instintivamente previenen mi pregunta y me suplican que no me vaya sin ellos. Entonces corto las ligaduras que atan al infeliz.

—Pero, exclaman los salvajes, no cortes las ligaduras; ¡así se va á escapar!

Les explico que el esclavo es tan libre como yo; trato de probarles que hacen mal en maltratar á los esclavos y cortarles la cabeza al morir los jefes; pero estas costumbres están tan arraigadas en ellos, que encuentran muy natural que el más fuerte oprima al débil.

Las previsiones de los señores del Estado independiente se realizaron durante este primer viaje. Todos los pueblos estaban desiertos. Tuve, pues, que aventurarme por el interior á costa de las mayores fatigas. Las riberas de Maringa son muy bajas, y en las crecidas quedan en general sumergidas. Las poblaciones se hallan situadas á diez y quince kilómetros, y para llegar á ellas hay que atravesar terrenos cubiertos de espesura y pantanos con agua hasta la cintura. Estos viajes son perniciosos para los europeos por el peligro de las calenturas palúdicas. ¡Feliz al menos si puedo rescatar algún niño!

Los mongos.— Estado primitivo de estos negros.— Picadura del beíolo

Conmigo venía Ngondo á quien liberté, hace tres años, en este mismo río. Hacía tiempo que este muchacho examinaba atentamente la orilla, y de pronto me dice:

—Si quiere V., Padre, puedo acompañarle á un pueblo en donde encontrará V. muchos niños.

Entonces hicimos alto, atracamos á la orilla y apagamos los fuegos de la caldera. Era la víspera de la fiesta del Sagrado Corazón de María, patrona de nuestra Congregación.

Di la señal de marcha; no llevábamos provisiones, porque contábamos estar de vuelta por la noche. Ngondo y sus compañeros iban cantando un aire del país; yo, pobre misionero, rezaba al Santísimo Corazón de María, para que me ayudara en mi obra de redención.

Los mongos de las riberas de Maringa son salvajes en el estado más primitivo y bárbaro. Siempre están en guerra, y usan principalmente el machete y azagayas. También emplean el *beíolo*, que es un pedazo de bambú muy afilado, de casi 15 centímetros de largo; siempre llevan muchos de ellos para proteger su retirada. Cuando huyen, fijan estos pedazos de bambú en los senderos estrechos de modo que la punta afilada esté hacia arriba. A primera vista parece cosa baladí, pero hace gravísimas heridas, pues han practicado una pequeña cortadura circular al extremo del bambú para que se rompa más fácilmente y lo embadurnan con jugo de Chile. Los indígenas ponen los pies descalzos sobre dichos bambús, disimulados con mucha destreza, y al sacarlos, la parte impregnada de aquel jugo picante se intro-

duce en la herida. El que la recibe queda fuera de combate, porque á veces se necesitan dos meses para curar las dolorosas llagas que produce.

Encontramos gran cantidad de agua y atravesamos terreno muy pantanoso, salvamos á saltos hoyos, por espacio de tres horas. De improviso un formidable «¿Quién va?» resonó á poca distancia.

—Sí, Ngondo, soy yo, Ngondo.

Mandé llamar al jefe: era un atleta de mirada torva; le expliqué el objeto de mi visita, haciéndole el regalo de costumbre; no pareció muy satisfecho. No obstante, al retirarse me prometió un niño.

Comida de hojas y orugas

Esperé dos horas, y viendo que no venía, quise marcharme hacia el vapor, porque allí no había nada que comer ni albergue donde pasar la noche. Sentí los escalofríos de la fiebre, resultado primero de mis excursiones acuáticas.

Los indígenas me detuvieron, afirmándome que el jefe no falta á su palabra, pero que los niños están en otro pueblo. En efecto, no me encontraba en un verdadero pueblo, sino en un puesto de centinelas, encargados de dar la voz de alarma.

Pedí de comer, y el pobre Ngondo me trajo por fin tres huevos.

¡Buena suerte! los rompí en seguida y ¡qué chasco! vi tres polluelos bien formados, pero muertos. A pesar del apetito, pasé los huevos á mi vecino, que los aceptó agradecido, y no hizo tantos cumplidos como yo para echárselos al colete.

—Pero, Ngondo, ¿qué comen aquí los indígenas?

—Padre, mire V. estos árboles; rompen las ramas, cuecen las hojas, y se las comen.

—¿Son buenas estas hojas?

—Cuando yo era esclavo las comía, pero ahora... De todos modos, para complacerle á V. comeré algunas.

—No se trata de darme gusto, sino de encontrarme algo para comer.

—Padre, he buscado por todo, y le aseguro que no hay más que esas hojas.

—Pues bueno, guisalas.

Entre tanto, el jefe había vuelto con el niño prometido, y olvidé pronto mi famosa cena.

De repente, Ngondo se presenta contento como unas Pascuas, con un manojo de hojas en la mano, y me muestra entre ellas velludas orugas llenas de vida. Había al menos doscientas. Ngondo, viendo que yo fruncía el entrecejo, díjome:

—Le aseguro á V. que es muy bueno; dicho y hecho, coge media docena de las velludas orugas y se las traga sin hacerlas pasar por el fuego.

—Eso es, díjele riendo, quieres que esos bichos reemplacen la manteca. ¡Me voy á lamer los dedos!

Hojas y orugas fueron guisadas al estilo indígena. Y engullí el manjar, que encontré menos nauseabundo de lo que yo creía. Aun más, hallé las orugas muy tiernas.

Atacado de calenturas y sin quinina; tendido en el

suelo, sin manta, no pude cerrar los ojos en toda la noche. A la madrugada, estaba ya en camino con el niño rescatado, y cuando llegué al vapor, me encontraba en extremo rendido. Tomé en seguida un vomitivo, y no puede hacer nada más en todo el día. Echado en el banco que me sirve de cama, pensé en V. Ilma., en nuestra Congregación, donde todos estaban de fiesta, recé para que mis fatigas se unieran á las alabanzas que en aquel día se dirigen numerosas desde la tierra á nuestra buena Madre del cielo.

Viajé así durante un mes, sin que pudiese rescatar más de siete niños.

En mi segundo viaje, gracias al auxilio del benévolo Sr. Peters, del Estado independiente, fui más afortunado; tuve el consuelo de conducir á Brazzavilla veintiseis niños de ambos sexos.

Los indígenas empezaban á conocerme, y al ver el *León XIII*, gritaban: Es *Tenderé Nzakuba* (es el Blanco de Dios), para distinguirme así de los blancos de la guerra y de los blancos del marfil. Los indígenas y jefes acudían á mi llegada esperando sacarme algunos regalos.

El río Lamaka, que yo quería visitar, es poco ancho; su corriente, muy rápida y llena de numerosos troncos de árboles, hacen la navegación muy peligrosa. Embarquéme, pues, en piragua; nunca había remontado este río blanco ninguno, según parece; pero como la fama de *Bula Matudi* (Stanley) se extiende muy lejos, bastaba mi presencia para que todo el mundo huyera. Los más atrevidos se ocultaban detrás de los árboles para verme, y echaban á correr cuando me dirigía hacia ellos.

Además de los niños, por cuya suerte me intereso muy particularmente, he podido observar en estos dos viajes que el número de esclavos adultos es considerable. Estos pobres desgraciados llevan pies y manos dentro de unos maderos que les impiden fugarse. Muchos de ellos me suplican que los rescate, pero como el Estado independiente se reserva el derecho exclusivo sobre los esclavos mayores, tuve que contentarme con recomendar á sus amos el tratarles con menos rigor y crueldad. No obstante, una vez creí era mi deber intervenir directamente.

Bajando el río en piragua, nos habíamos detenido en un pueblo para pasar la noche. Encontrábame entre mi gentecita, cuando me trajeron un mocetón de unos treinta años. A pesar de mis deseos de libertarle, tuve que decir á su amo que no me era posible.

Por la noche unos gemidos que se repitieron varias veces me advirtieron que un infeliz sufría no lejos de mí. Me levanté, y vi que el esclavo que no había podido rescatar, estaba fuertemente atado. Desperté al amo, y le dije:

—¿Por qué atas á ese hombre tan cruelmente?

—¿No lo comprendes? Si no lo ato de pies y manos, se me escapará.

—Si quieres atarle, ¿no puedes hacerlo sin causarle tales torturas?

—Bueno, bueno, es un esclavo. Si sufre, no importa.

Indignado por esta barbarie, cogí mi cuchillo y corté las ligaduras que ataban al pobre infeliz, volvíme hacia el amo, y le pregunté:

—¿Cuánto quieres por tu esclavo?

—Cien barritas de latón.

—Tómalas; este hombre es libre, ya no te pertenece.

—Ahora, dije al liberto, ya no eres esclavo de nadie. Mañana te volverás á tu pueblo; entre tanto voy á darte de comer, luego dormirás aquí, á menos que prefieras marcharte en seguida.

—Yo quiero quedarme contigo.

—Bueno, ya veremos mañana; por ahora come, ya que tienes hambre, y á dormir bien.

Cuando me desperté al día siguiente, el infeliz me esperaba, y vino á mi encuentro diciéndome con tono suplicante:

—Me has dicho que vaya á mi pueblo. Pues bien,

—¡Que tengas muchas mujeres!

—¡Emborráchate todos los días!

—¡Mata á todos tus enemigos!

—¡Que no tengas nunca sarna!

—¡Roba sin que te vean!

Por estos ejemplos puede calcularse la moral de esta pobre gente, y el trabajo constante que nos costará el convertirlos.

La oración

Termino esta carta, que se va haciendo muy larga, con el rasgo siguiente:

Me faltaban aún algunos días para llegar á Brazzaville, cuando una noche al irme á retirar á bordo, después de rezar junto con los niños bautizados, los recién rescatados me llamaron y me dijeron:

—Tú llamas hijos tuyos á los que están contigo hace



DOS GUINEAS.—Vista general de la estación de Franceville, en el Alto Ogowe (Pág. 37)

blanco, mi pueblo eres tú, porque has cortado las ligaduras que me hacían sufrir tanto.

—Te dije que eras libre, porque yo no tengo esclavos; puedes marcharte.

—¿Irme? ¡jamás! contigo iré á donde quieras, hasta que me pegues, y eso me impida seguirte.

Pensé que no debía insistir más y se embarcó en mi piragua, dejando absortos á los indígenas.

Saludo de los negros

Al bajar por el Maringa, en todas partes me acogieron bien. Hasta me hacían el saludo que se reserva á los grandes jefes, al cual se debe contestar con un parabién. De modo que al primer *Losaku* que me mandaban les contestaba siempre: *¡Nzakouba a jseca bolotchia!* (Dios te bendiga, ó literalmente: Dios te dé lo bueno). Pero, ¿quiere saber V. Ilma. los saludos que yo recibía? Son de un género bien diferente. Así decíanme:

tiempo, y á nosotros también nos llamas hijos tuyos: ¿por qué, pues, te pones de rodillas con aquéllos mañana y tarde para rogar á Dios, y con nosotros no vienes nunca?

¡Pobres muchachos! ¿Quién les había inspirado este deseo? En seguida nos pusimos de rodillas, me santigué y lo repetieron de todo corazón aquellos ninitos, los cuales espero serán cristianos fervientes.

ECUADOR (América Meridional)

El Superior de la Misión.—Continúan los trabajos.—El jibaro Cuji.—Proyecto de un camino.—La pesca con barbasco.—Ábrese el camino.—Nueva Casa-Contento.

COMO ciertos asuntos me llamaban á otra parte, escribe desde Loja en Marzo de 1893 el Rdo. P. José Vidal, acompañado del Padre Guardián, del Hermano Zenón Delgado y de algunos peones salí de Santa

Ana, y con la pena que es de suponer me despedí también de los que quedaban. Después de tres días de fatigosa marcha llegamos á Loja, donde permanecemos ocho días, partiendo después para mi residencia habitual. Muchos han sido los trabajos y sufrimientos por los que he pasado junto con mis compañeros, al implantar la nueva Misión, para reducir y convertir á los salvajes de Zamora. Quiera el cielo bendecir tantos esfuerzos y proteger el celo de los misioneros que allí quedan. De nuestro Colegio de Lima fué mandado el P. Luís Torra con el cargo de superior de la Misión, quien, atendidas sus buenas dotes, espero llevará á buen término la obra que se le ha encomendado. Voy ahora á transcribir algunos párrafos de una carta que el P. Fr. Francisco Solano Pascual me remite, dándome razón de lo que se ha hecho desde mi salida. Después de tratar del aseo del pueblo y plantíos indispensables para atender á la subsistencia, no sólo de los misioneros, sino también de los colonos y salvajes, que no siempre tienen lo necesario para la vida, y de otras obras importantes llevadas á cabo, añade:

«Aprovechando unos días bonancibles hicimos un viaje de recreo hasta la casa del jibaro Conda, el cual llegó luego en una canoa en compañía de otros jibaros. Invitamos á Conda y su hijo á que subiera á Santa Ana, pero nos contestó:

«—*Mucha vergüenza teniendo.*

«—¿Y por qué? le dijimos.

«—*Nada teniendo, que dando Padres.*

«Durante el tiempo en que las lluvias eran más frecuentes venían al convento de vez en cuando, con algunas mentirillas acerca de Cumbarasa, diciéndonos que estaban rozando, haciendo la casa, etc., todo con el fin de sacarnos alguna cosa. Nosotros poco crédito les dábamos, si bien nos portábamos como si lo creyéramos. Apenas escampó nos resolvimos con el P. Larrea bajar para ver la realidad. La única dificultad estaba en la canoa, que era muy estrecha y larga, más á propósito para un museo que para navegar, sobre todo en esta sección del río.

«Emprendimos el viaje, y apenas empezó á moverse el *caballito* cuando principió á corcobear, y tanto que llegó á poner miedo en el corazón de Angel, que es mucho decir, por cuanto Angel Ordóñez nada tiene de cobarde, y por otra parte es muy práctico en el manejo de la canoa. En esta ocasión hubiéramos naufragado varias veces, si la bondad de Dios no se hubiese compadecido, especialmente de mí, que sé nadar como el plomo.

«A las seis de la tarde tomamos piso sólido cerca de la casa de Cuji. Grande fué la alegría de éste y de su familia cuando le manifestamos el objeto de nuestra llegada. Al punto nos dió cuanto tenía para cenar. ¡Qué sentimientos tan buenos tiene el tal Cuji! ¡Ojalá tuviera tan bueno y hermoso el cuerpo, como tiene el alma! El pobre parece un leproso á causa de la sarna. Es el que más interés tiene para que bajemos á vivir en Cumbarasa, y el que más ha trabajado allí. Creo que él será la primicia escogida por Dios para hacer de él un excelente cristiano. Para conseguir esto de buena gana llevaría yo la sarna.

«Aquí pasamos la noche. Apenas amaneció rezamos nuestro Breviario, é inmediatamente fui con el jibaro

Ojeata, Angel y Camilo, á ver los trabajos que tanto nos habían ponderado. ¿Qué encontramos? Algunos perros en la casa de Chirimbo, muchas y grandes hormigas en el roce, que á cada paso nos hacían dar un grito de dolor; por lo demás poco habían adelantado desde que V. P. lo dejó. Impuesto de todo, después de contemplar á mi gusto aquella tierra de promisión, de admirar la lozanía de la huerta de Chirimbo, sembrada toda de yuca, ver el hermoso fondeadero junto á nuestro roce, convinimos en que sin pérdida de tiempo era preciso invitar á los jibaros para abrir un camino por tierra desde Cumbarasa á Santa Ana; de lo contrario nos exponíamos á retardar el progreso de la Misión. Ya que al día siguiente debían reunirse en la confluencia del Jambue para la pesca con barbasco, y era preciso aprovechar esta circunstancia favorable, nos dirigimos á dicho lugar.

«Pernoctamos en la orilla del río en frente la casa de Ambucha. Esta estaba llena de jibaros que se habían reunido con ocasión de la pesca, y también de visitar á un enfermo que había caído con fiebre. Apenas supieron nuestra llegada bajaron á saludarnos, y todos nos dieron la mano con su célebre: *¿Cómo estando?* Al amanecer les devolvimos la visita, y nos encontramos con Chuirá, que había pasado allí la noche para sacar al enfermo la araña, ó por mejor decir algún cerdo ó gallina. Luego tomamos la canoa y nos dirigimos á la choza de Conda, que nos recibió con su acostumbrada amabilidad. Después de almorzar, el P. Larrea regresó á Santa Ana, dejándome con Camilo y Angel para presenciar la pesca con barbasco, é invitar á los jibaros para el trabajo del nuevo camino proyectado.

«Al día siguiente apenas amaneció parecía el río un puerto de mucho tráfico y animación. Los gritos de los salvajes, sus carcajadas, los golpes que daban para majar el barbasco, junto con el ruido de las canoas, y la detonación de las escopetas, producía en esta tierra de silencio y soledad un efecto muy extraño. El río estaba lleno de canoas, y las orillas de jibaritos que saltaban de gozo al ver que se acercaba la hora de la pesca. Vino á completar la fiesta la llegada de casi todos los de Zamora, tanto hombres como mujeres, que con más ansia si cabe, esperaban la hora de la pesca. Apenas divisé á mis queridos zamoranos, les hice seña para que pasasen á mi toldo, y con este fin les envié la canoa. Tan pronto como llegaron á mi lado el gozo de unos y otros fué completo. Las mujeres prepararon un buen almuerzo con los patos y carne de cecina, y los hombres fuimos todos á ayudar á los jibaros á moler el barbasco, á fin de que ganando su voluntad, nos hicieran participantes de la pesca.

«La pesca debía hacerse en las aguas del Jambue. En los dos brazos que forma en la confluencia se colocó una especie de parapeto ó enramada para detener á los peces, que narcotizados por el zumo del barbasco flotaban en la superficie. Apenas éstos empezaron á brillar en ella todos los jibaritos de tres años arriba se arrojaron al río con grande alegría y algazara. Luego llegaron los hombres y auxiliaron á sus hijos. El tiempo que duró la pesca fué de lo más divertido y alegre. Me regalaron algunos peces de los mayores con muy buena voluntad.

«Después les propuse la conveniencia de abrir una trocha, á fin desde ir por tierra de Santa Ana á Cumbarasa, y se ofrecieron gustosos á este trabajo. Conseguido esto, ya me parecía que la Misión tomaba un nuevo sesgo. Con tan halagüeñas esperanzas nos encaminamos por tierra á nuestro convento con los cristianos de Santa Ana, que participaban de la misma alegría; el entusiasmo en unos y otros era grande. La satisfacción de todos se completó con la noticia de que ya estaba en Loja el Superior de la Misión. Al día siguiente fueron llegando los jibaros para abrir la trocha hasta Cumbarasa. El P. Antonio González y Angel se encargaron de dirigir el trabajo. El entusiasmo de los jibaros fué tal, que hasta las mujeres tomaron parte en la obra. Chuirá me dijo con mucho entusiasmo que quería ir á la jibaría de Logroño á invitar á sus parientes y decirles:

—*¿Qué haciendo así, qué haciendo? no venendo donde Padres. Venendo con Padres, sabendo leer, escribir, todo teniendo.*

«Ya, pues, tenemos el camino de Cumbarasa á Santa Ana, y se puede viajar sin pasar por los peligros del río. Poco á poco lo iremos mejorando. Ya han construído en Cumbarasa una casa-convento más grande que la de Santa Ana. El terreno que V. P. señaló para huerta de la Misión tiene un roce de ciento cuarenta metros de largo por ciento diez de ancho, y actualmente están plantándolo de plátanos, yuca, etc. Confiamos que la fundación de un pueblo de jibaros en Cumbarasa pronto será un hecho.»

Según los párrafos transcritos, parece que la Misión de Zamora presenta un aspecto consolador, y que el misionero puede esperar que el fruto corresponderá á sus trabajos y desvelos, y que la semilla divina no caerá en tierra mala. Sin embargo, el carácter altivo é independiente de los jibaros será siempre un obstáculo para la rápida propagación del Evangelio. No pocas veces el misionero tendrá que deplorar decepciones que pondrán á prueba su celo y constancia. Está previsto; y por lo mismo no será esto un motivo para que el misionero desista, pliegue velas y se retire. Es cuestión de tiempo, paciencia y sagacidad. Hasta ahora los jibaros han manifestado bastante respeto á los Padres. Casi todos han ofrecido confiar sus hijos al misionero para que los instruya y les enseñe á leer y escribir, cosa que muchos de los grandes desean con ansia aprender.

El jibaro es naturalmente de inteligencia despejada, y conoce la inferioridad de su modo de ser al de los cristianos; ambiciona colocarse al nivel de éstos, y se siente humillado al ver que no puede escribir para comunicar por cartas sus pensamientos. Quizá esto sea un factor poderoso que contribuya á su reducción y conversión. Nuestros misioneros, que atentos observan estos nuevos sentimientos del jibaro, tratan de fomentarlos, exponiendo á su inteligencia nuevos horizontes que exciten en él la curiosidad y el estímulo para salir del estado de barbarie en que yace. Este método hasta ahora ha producido excelentes resultados, y mediante el auxilio divino es de esperar que poco á poco irán depouiendo sus brutales costumbres para abrazar las nobles, pacíficas y santas prácticas de la Religión.

PERÚ

Altura del Fluascarán.—Extraordinario fervor de los pueblos de Jungay.—Necesidad de un colegio de Misiones.—Fructuosa Misión y visita episcopal en Carás.

YA el sol se ha ocultado á nuestra vista, continúa desde Jungay el Rdo. P. Esteban Pérez, escondiéndose como avergonzado tras la cordillera del Oeste, pero aún ilumina con sus reflejados rayos la llanura pintoresca en que se sienta este pueblo venturoso, colorea con su luz enrojecida la cima elevadísima del imponente Fluascarán, pico el más empinado de la cordillera del Este; pues, como ya indiqué en mi anterior, mide 6,721 metros sobre el nivel del mar, ó sean 4,188 metros más que esta población, elevándose perpendicularmente sobre ella, cual inmensa torre coronada de perpetuas nieves, que se pierden en las regiones superiores.

¡Esto es magnífico é imponente! Las nubes, esos vapores condensados, que en otras regiones se extienden sobre nuestras cabezas, cual islas de agua en los océanos del aire, aquí se las ve formarse, agrandarse, salir para otras regiones, ó bien disiparse con la misma facilidad con que se formaran, presentando á la vista panoramas á cual más sublimes.

Sobre ese laboratorio inefable se ve siempre soberbiamente dominar el pico inmenso de nieve que, cual torre de plata, se eleva hasta el firmamento; y abajo, al pie de ese grandioso gigante de los montes, el hermoso valle con su pueblo. El espíritu se engrandece y el alma se ensancha, el corazón se conmueve, y uno se siente como forzado á contemplar espectáculos tan arrebatadores, que extasiando al pobre mortal, absorbiéndole todas las potencias y dejándole ver su propia nada, le indican que sólo Dios es grande.

Aquí nos encontramos reunidos los seis Padres misioneros trabajando incansablemente, y aun así no damos abasto á las muchedumbres que ansiosas esperan confesarse. La Misión dura tres semanas; cada día comulgan unas seiscientas personas, por término medio, y las mismas son confirmadas por S. I. el señor Obispo visitador, aquí presente.

En este pueblo hacía más de cuarenta años que no habían visto á un Obispo, y ahora que lo tienen de Visitador con la actual Misión, se aprovechan admirablemente.

Y éste es otro de los espectáculos arrebatadores que aquí los Padres misioneros contemplamos y que compensa superabundantemente los trabajos, fatigas, sudores, cansancios, peligros y sacrificios sin cuento por que pasamos.

Los templos, con ser tan capaces, no bastan para contener las apiñadas muchedumbres. La misma población no es capaz de dar alojamiento á la cuarta parte de los piadosos huéspedes, que en fervientes romerías vienen á lograr la dicha de ver al Príncipe de la Iglesia, que con la Misión les trae tantos bienes.

Estas pobres gentes no sólo carecen de albergue, sino que se les llega á acabar el sencillo fiambre de *cancha* ó maíz tostado que traen, y de ahí el gran apuro que tienen en satisfacer sus santificadores deseos de confe-

sarse, comulgar y confirmarse, para volver á sus *estancias* y mandar de ellas á sus hijos, hermanos ó demás miembros de sus respectivas familias, con el fin de que á su vez logren igual suerte antes que la Misión termine.

Nuestro trabajo es inmenso. Entre los cinco Padres misioneros hemos confesado ya más de ocho mil personas en quince días, soportando las incomodidades y repugnantes naturalidades de la muchedumbre de indios é indias, que sin atender á consejos, ni esperar tiempo, se aprietan, se oprimen, se estrujan, sudan, lloran, comen, beben, y hasta duermen de noche al pie del confesonario en extrañas bandadas, sin que nada ni nadie sea capaz de persuadirlas ni de hacerlas desistir de su ciego entusiasmo, por temor de perder el sitio ó turno de confesarse.

En esta población de Jungay existen familias respetabilísimas, modelos de familias cristianas, que han dado el ejemplo en ser las primeras en aprovecharse de las Misiones, y nos han ayudado á los Padres misioneros, á la vez que han socorrido largamente á los pobres. Algunas han llegado á su ferviente piedad hasta

dirigida por el piadoso y sabio sacerdote Dr. D. Fidel Olivas Escudero.

Con la ferviente iniciativa de la Misión pasada y la entusiasta dirección del Sr. Olivas, esta Tercera Orden ha llegado á fabricar junto á una bonita capilla, sita en una de las extremidades de la población y en medio de huertas y jardines, unos corredores ó patios en forma de claustros, con sus celdas, rectorio, cocina, despensa, salón de recepciones, etc., etc.; de suerte que ha llegado á tener un lindo convento, que dominan la Casa Santa, y está destinado á fundación de Colegio.

Bien quisieran los nobles y generosos moradores de Jungay tener entre ellos un Colegio de Padres misioneros: muy importante y aun necesario sería que en tan apartada región y entre poblaciones tan notables y numerosas como las que rodean á Jungay, hubiera un centro de Misiones; pero la escasez de vocaciones aquí y la dificultad de traer personal de Europa, son las causas por las cuales no nos podemos extender en nuevas fundaciones.

Con ocasión de las presentes Misiones han ingresado en la Tercera Orden de Jungay ciento cuarenta Her-



DAHOMÉY.—Amazonas ó guerreras de Dahomey. (Pág. 44)

obsequiar á la Virgen Misionera con un lujoso vestido y manto, pectoral, corona de filigrana de plata trabajada en la misma población, y otras prendas de su generosidad.

En Jungay existe la Hermandad de la Tercera Orden de nuestro Padre San Francisco, fundada hacía siete años por los Padres misioneros de este Colegio, y

manos, han profesado unos cuarenta, se han reglamentado sus retiros mensuales, arreglado sus libros, puesto los distintivos, renovado los cargos, y además se han colectado trescientos pesos para la compra de un armonium.

De Jungay pasamos á Carás, pueblo importante de unos seis mil habitantes, contando con sus inmediatas

estancias: es la segunda plaza comercial del departamento, llamada á progresar mucho, por la riqueza y abundancia de sus minerales y sus hermosas campiñas, como la de Yanahuara, que además de abastecerla de todo, le dan á la vez un aspecto muy pintoresco.

En Carás, como en los demás pueblos, fuimos recibidos con singulares muestras de júbilo, saliéndonos al encuentro un gentío inmenso. Arcos de flores, salvas, músicas, volteos de campanas, todo lo pusieron en juego los habitantes de Carás, manifestando una santa emulación con lo que habían hecho sus vecinos los de Jungay, al recibir la Misión y con ella la santa visita.

LA MISIÓN DE DOS GUINEAS Y LA ESCLAVITUD

POR UN PADRE DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO
Y SAGRADO CORAZÓN DE MARÍA

V

El Ogowe

EL Ogowé, tanto y tal vez más que el Congo, es la ruta de los esclavos. Bajan del N'gugnié, y proceden de los ivilis, batekes, iveas, powes é ishogos, y también del Alto Ogowé, procedentes de los



DAHOMÉY.—Audencia privada del rey. (Pág. 43)

Carás, con ser pueblo tan importante, no tiene sino una pequeña iglesia, así es que hemos tenido que predicar la Misión en la plaza, poniendo al efecto un toldo con su dosel para la Santísima Virgen Misionera.

La concurrencia ha sido inmensa, y para nosotros abrumador por demás el tener que confesar tanta gente. Se han tenido que poner soldados de guardia en las puertas del templo para evitar desgracias. Más de dos semanas hemos estado los seis Padres misioneros confesando desde la mañana hasta la noche, y aun así no hemos podido satisfacer á todos.

Pasan ya de cuarenta mil las papeletas de confesión que hemos repartido á los que han de confirmarse, á contar desde el principio de nuestra Misión, en Julio, hasta el presente mes de Noviembre.

adumas y okandas. Estos últimos son los que más se dedican á la trata, comprando los esclavos á los adumas y tribus del interior, para revenderlos á los galoas, adyumbas, n'komis y orungos. Los n'komis sobre todo, son una de las razas más sanginarias del Ogowé, y castigan en sus esclavos el menor intento de evasión ó una falta cualquiera cortándoles las orejas.

En un pueblo de trescientos habitantes no hay más que diez ó doce hombres libres; con las mujeres y niños, contamos ochenta. El resto de la población es esclava.

Cada hombre libre tiene campos y huertos, y en ellos viven la mayor parte de sus esclavos. El que sólo posee tres ó cuatro de éstos, no es rico; por término medio cuentan de siete á diez: los jefes tienen unos cincuenta. Ranake, el jefe de Lambarené (*V. pág. 8*), es el único libre en su pueblo, con dos ó tres mujeres. Cuarenta

chozas rodean la suya: en ellas viven sus esclavos, los hijos de éstos, y los esclavos de sus esclavos.

El N'gugnié

Este río, más ancho que el Sena en París, es uno de los principales afluentes del Ogowé. Sus riberas están muy pobladas: en el interior especialmente, á dos ó tres kilómetros de la orilla, abundan las poblaciones de ivilis y bakeles.

Los ivilis, tribu muy pacífica y también muy perseguida, tiene mucha semejanza por el tipo é idioma con los adumas y loangos. Los bakeles, más salvajes, les mueven guerra con harta frecuencia, atacan á sus esclavos, y los arrebatan, para revenderlos á los galoas y adyumbas.

Una Misión cerca de la cascada de Samba podría acoger gran número de niños esclavos, enfermos ó lisiados.

Allí, en el Alto N'gugnié, los galoas que proveen á las factorías de ébano y caucho, compran á aquellos infelices, á quienes por el lago Azingo y el Remboe conducen á Gabón.

El gerente de una factoría alemana nos refirió que habiendo entrado en la choza de un jefe, vió veinticinco esclavos encadenados, llenos de llagas y hambrientos. Movido á compasión, quiso comprar algunos, pero le contestaron que estaban ya vendidos, y habían de expedirse á Fernán Vaz. Como un niño pareciese casi moribundo, dijo:

—Dadme por lo menos éste, lo cuidaré, y curará. Tomad una pieza de tela.

—¡Imposible! está vendido como los otros, y deberá hacer el camino ó morir.

No es ésta la primera vez que se habla de una Misión en el N'gugnié. En 1882 el P. Bichet pidió recursos para comenzar. El P. Picard los reclamó también en 1883, y aun los aguardamos.

Los pahuinos.—Los niños

Los pahuinos constituyen las tres cuartas partes de las poblaciones del Ogowé, N'gugnié, Ivindo, Remboé, Komo, Billagone, Mondah, Mundy y de todos los lagos de la región. Fourneau y Crampel los encontraron innumerables en los países que recorrieron desde Adumas á Bata. ¿Cuántos son? ¿Quizá de seis á ocho millones!

Los pahuinos no poseen esclavos propiamente dichos, como todas las otras razas; pero sus hijos, sus mujeres y sus ancianos son más infelices aún que sus esclavos.

Los huérfanos especialmente, excitan la mayor compasión: son criados de todos, y sólo se alimentan con los restos de bananas que se dan á los perros, ó el trozo de yuca de que pueden apoderarse.

El niño pahuino, hasta la edad de doce años, no recibe otros cuidados que los de su madre; si la pierde, ¡desdichado! pues su padre no se cuida más de él que de su perro.

De esta suerte abandonado, ¿qué sucede? que pronto se ve cubierto de llagas, sin que nadie se tome la molestia de lavárselas: sus dedos y pies están ya enteramente roídos, y ninguna persona compasiva acude en su auxilio.

Una enfermedad, denominada en el país *abukue*, especie de forúnculos, le cubre de pies á cabeza, quedando como un esqueleto. Su mismo padre lo rechaza; y tanto los hombres como las mujeres huyen de su presencia.

Reducido á albergarse entre los bananos, no tiene otra cama que el desnudo suelo, ni otro abrigo que algunas hojas: así es que en pocas semanas sucumbe de miseria.

Uno de nuestros cristianos de Lambarené, llamado Pablo, vino una mañana á despertarnos á las cuatro.

—Padre, dijo sacudiendo fuertemente la puerta de mi cuarto, ven pronto; quieren dar muerte á un niño en un pueblo cercano: ven pronto á salvarlo.

Apresuráme á partir con mi frasco de agua bautismal.

—¿Qué sucede? pregunté entrando en la choza.

Y vi á una mujer que tenía un niño de dos días en brazos, y cantaba una canción:

«Espíritus, malos espíritus, que habéis muerto á mi hermana, alejaos, huid lejos de nosotros.»

Luego puso el recién nacido junto al cadáver de su hermana tendido en medio de la sala, y continuó cantando:

«Es tu madre, es tu madre: los espíritus, los malos espíritus la han muerto.»

Dejando entonces el niño sobre el inanimado cuerpo, prosiguió:

«Entrad, espíritus; entrad, malos espíritus, en el cuerpo de este niño, nacido ayer de esta mujer.»

Y la tierna criaturita buscaba con la mano el pecho de su madre.

«¡Bebe, bebe esta leche! Que los malos espíritus de la madre entren todos en ti.»

Luego cuatro hombres de la aldea entraron en la sala con un ataúd, colocaron el cadáver dentro, y la cantora, la tía del pobre niño, lo toma en brazos para encerrarlo en la misma caja.

—Padre mío, me dijo entonces Pablo, salvadlo; quieren enterrarlo vivo con su madre.

Y lo quitamos de los brazos de la anciana, diciendo:

—Este niño es nuestro: nosotros lo cuidaremos, y vivirá.

—Pero tiene los malos espíritus, y será causa de la muerte de todos nosotros.

—Poco importa: todo esto son supersticiones.

Y partí llevándome al tierno Pedro María, á quien bauticé apenas llegamos á la Misión. Durante algunos meses mamó de una cabra, y después lo hemos criado con leche de conserva. Tiene ahora dieciocho meses.

Renkanga, jefe de una aldea inmediata á Lambarené, necesitaba dinero. Estando en tratos con un mercader, acertó á pasar una de sus esclavas con su hijo de un mes, en brazos.

—Detente, le mandó su amo; te he vendido: parte en seguida. Deja tu hijo, y en marcha.

—¡Oh, por favor no me separéis de mi hijo! ¿Quién le cuidará? ¿quién le alimentará? ¡morirá en dos días!

—Poco te importa: este niño es mío, puesto que lo eres tú.

La desconsolada mujer, postrándose de hinojos á los pies del comerciante, le suplica que compre también su hijo.

—Doy por él un tonelete, dijo éste.

—No es bastante.

—Dos.

—Tampoco: entrégame cuatro, una pipa y un plato de sal.

—Imposible, es excesivamente caro.

Y la infeliz madre fué separada de su hijo.

Pocos días después el Rdo. P. Pace, pasando por aquel pueblo, vió desnudo como un gusano, y mordiendo el polvo, un niño á quien sólo le quedaba un soplo de vida.

—¿De quién es este niño? preguntó.

—De nadie.

—¿Cómo de nadie! ¿Dónde está su madre?

—Murió.

—Pues entonces, dádmele.

Y el excelente Padre nos trajo un compañero á Pedro María. Adolfo tiene ahora catorce meses, y empieza á andar solo.

Algunos días después nos llegaron Edmundo, de solos quince días; María, nacida durante la noche, y otros muchos que criamos con leche de cabras y conservas. La tierna María nos dejó hace cinco días para subir al cielo.

LOS INDIOS EN LAS LLANURAS DE LA AMÉRICA DEL NORTE

POR EL RDO. P. LEGAL. MISIONERO OBLATO DE MARÍA INMACULADA

II

ACCESORIOS DEL TRAJE (*continuación*)

EL cabello juega también un gran papel en el adorno del salvaje, y al revés de lo que se practica en los países civilizados, el hombre es quien más cuida su cabellera.

El salvaje la deja crecer, sin cortarla nunca; la peina con esmero, y la conserva luciente untándola con grasa de oso. Los varones se hacen generalmente dos trenzitas que les bajan á los lados del rostro, cerca de las sienes, sujetas con anillos de alambre. El resto del cabello acostumbra reunirlos en dos largas trenzas, que cuelgan á cada lado por detrás. No pocos se adornan la frente con otra trenza. Los hombres de algunas tribus indias de la pradera acostumbraban afeitarse parte del cabello. Las mujeres lo llevan siempre dividido en aladares, de los que hacen dos trenzas las jóvenes. En general, pintan de bermellón las partes del cráneo que quedan en descubierto por la separación de los cabellos.

Esto nos lleva como de la mano á decir algo sobre la extraña costumbre, común á todos los salvajes y puede decirse á casi todos los indígenas de otras comarcas fuera de América, de pintarse el rostro y á veces todo el cuerpo. Hay que distinguir el picado (*tatuage*) de la simple aplicación de pintura superficial. En algunas tribus se veía el verdadero picado, que consiste en practicar en la piel, por medio de un alfiler, infinidad de agujeritos en los cuales se infiltra una materia coloran-

te generalmente azulada. Muchos de los salvajes de las praderas se limitan á pintarse el rostro. Hay ciertas formas convencionales, usadas especialmente para las ceremonias religiosas; pero por lo común se dejan á la fantasía de cada cual. Empléanse toda suerte de colores; siendo los más en boga el rojo bermellón y el rojo oscuro, como significación de fiesta y regocijo. Es menos frecuente el uso del azul y del amarillo, empleándose este último en señal de burla y provocación. A veces el salvaje se presenta con la mitad del rostro de un color, y la otra mitad no pintada, ó de un color diferente; no siendo raro que lo ostente dividido por dos líneas en cuatro partes, cada una con diferente color y adornada con ciertos jeroglíficos, que sólo pueden explicarse por un capricho ridículo ó pueril.

Finalmente, el salvaje lleva atado en la cabellera algo que recuerda su genio particular, y es su fetique, que lo forman varias plumas, la cabeza de un pájaro, las orejas ó las garras de un cuadrúpedo, á veces la piel entera de un animal pequeño, ú otro objeto cualquiera, como por ejemplo un fósil, que habrá exaltado la imaginación del indio á causa de su rareza ó de alguna propiedad extraña atribuída á ese objeto. La mujer nunca lleva señal alguna de fetiquismo en la cabellera, excepto en su infancia.

Para las circunstancias solemnes de regocijos públicos y de ceremonias del culto supersticioso tienen el



Gorro de medicina.—Calumet, arco y baqueta — Raquetas ó calzado para andar por la nieve

famoso gorro de medicina, que con más propiedad pudiera llamarse gorro de ceremonia, sea profana ó religiosa; si bien es preciso admitir que en el espíritu su-

persticioso del salvaje, la idea religiosa va casi siempre unida á ciertas prácticas de medicina ó de regocijos públicos.

Hay diferentes especies de gorros de este género; sin embargo, puede reducirse á tres ó cuatro tipos particulares más generalmente usados.

El gorro de plumas de águila es recto y forma una

todo el campamento, los guerreros, vestidos con su brillante traje, adornados con sus insignias y trofeos de guerra, cabalgan á uno y otro lado en sus mejores caballos de caza ó de combate, pintados ellos mismos y engalanados con los distintivos de su bravura y de los altos hechos de armas en los cuales desempeñaron papel lucido; cuando las mujeres, asimismo cubiertas con



ZANGUEBER (Africa Oriental).—Portadores de la caravana entre los cocoteros de la Misión de Bagamoyo. (Pág. 43)

corona, pudiendo usarlo indistintamente hombres y mujeres. En la gran fiesta del sol lo lleva la mujer, que es la figura más importante en las funciones supersticiosas que debe desempeñar.

El gorro de cuernos es peculiar de los hombres, y lo forman ordinariamente multitud de pieles de comadreja ó armiño cubriendo un casquete de tela adornado en parte con rocalla y placas metálicas. De ambos lados salen dos tallos en forma de cuernos largos, pero muy delgados: á veces son verdaderos cuernos de búfalo, pulimentados y lucientes.

El gorro de crines se parece al anterior, con la diferencia de que tiene una larga crin, hecha con plumas de águila sobrepuestas y alineadas en una ancha banda de tela de color rojo. Esta crin, que parte de la punta del gorro, cae hácia atrás y se arrastra hasta el suelo.

No vaya á creerse que el salvaje se presenta habitualmente con este majestuoso aparato: sólo en circunstancias solemnes se pone todas sus galas y hace ostentación de su riqueza. Entonces, durante el curso de esas solemnidades públicas, cuando el tambor llena el aire con sus estrepitosos sonos, resuenan los cantos en

sus mejores prendas, montan caballos enteramente empenachados, por el estilo de sus propios trajes, con profusión de colores vivos, de rocalla y de largos flecos que flotan al viento; el espectáculo es pintoresco y no deja de ser imponente.

En estas circunstancias sobre todo, es cuando se debiera haber visto al indio de América, al feliz soberano de la vasta pradera, para comprender á este pueblo extraño, hasta entonces dichoso porque no sospechaba ni tenía necesidades que no pudiese satisfacer, y llevaba una vida relativamente desahogada. Y cuando se ve lo que ha venido á ser este pobre ser humano puesto en contacto con la pretendida civilización que se le ha querido imponer por la fuerza, preciso es confesar que no le falta razón al quejarse y llorar los hermosos días de su libertad perdida, sus vastos dominios, sus innumerables rebaños de búfalos y cabras, recurso inagotable para el placer de la caza, el alimento y la actividad del comercio.

EN EL KILIMA-NDJARO

(ÁFRICA ORIENTAL)

POR EL RDO. P. ALEJANDRO LE ROY, DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO Y SAGRADO CORAZÓN DE MARÍA, MISIONERO APOSTÓLICO.

Las páginas siguientes contienen la relación de un viaje al Kilima-Ndjaró, emprendido con objeto de estudiar países desconocidos y fundar en ellos nuevos centros de evangelización. Escritas entre los trabajos de una fundación nueva en Mombaza, creemos que interesarán al lector, inspirándole algún sacrificio en favor de la causa sagrada del apostolado en remotas regiones.

I. — Kilima-Ndjaró

Etimología.—Descubrimiento.—Exploración.—Su interés científico, político y religioso.—En marcha

Los árabes y swahilis de la costa oriental de África, y también los viajeros y geógrafos de Europa, designan con el nombre de *Kilima-Ndjaró* un monte aislado, de origen volcánico, situado casi en el 3° latitud Sur del Ecuador, y á unos doscientos ochenta kilómetros de la costa en línea recta.

Kilima evidentemente quiere decir montaña en swahili y en muchas lenguas del interior; pero *Ndjaró* nadie sabe con certeza qué significa. José Thomson, que pasó por allí en 1883, dice en su libro: *Au pays des Massai*:

«El nombre de Kilima-Ndjaró generalmente dicese que significa «Montaña grande;» pero me parece que

es más bien «Montaña blanca,» pues la palabra *ndjaró* se empleó en otro tiempo para indicar la blancura. Esta acepción es ya antiguada en la costa, pero se usa aún en algunas tribus del interior.»

Efectivamente, los habitantes más ancianos de la costa no recuerdan semejante palabra, y en cuanto á las remotas tribus que la conocen al presente, no se vería poco embarazado el Sr. Thomson para indicar cuáles sean.

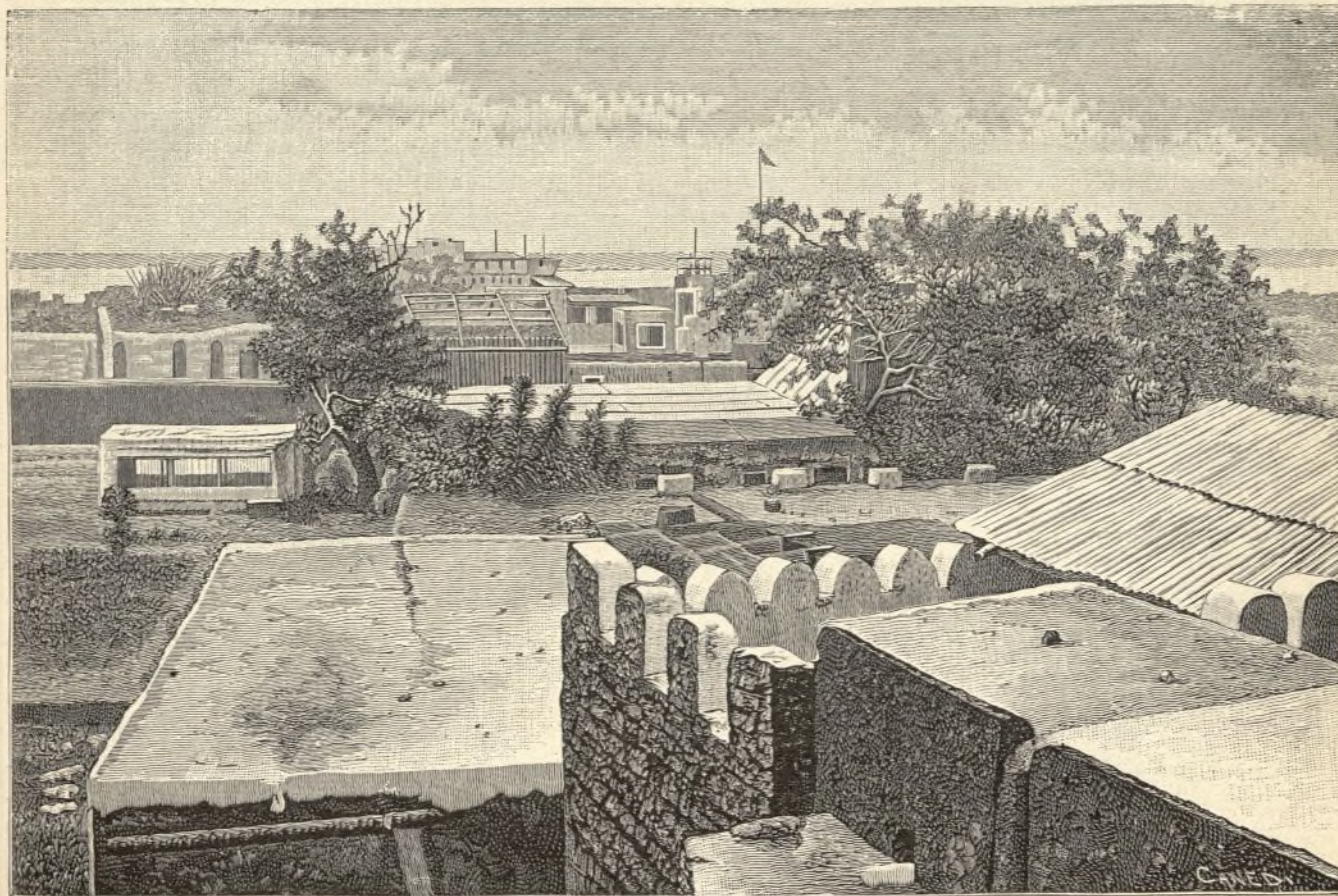
El Sr. H. H. Johnston dice á su vez en 1886: «Esta palabra viene de Kilima, «montaña,» y Ndjaró, nombre de un demonio que se supone causa el frío (1).»

Esto, si no se toma á irreverencia, es lo que se llama hacer etimología por auto-sugestión.

En realidad, la expresión Kilima-Ndjaró es completamente desconocida de los indígenas llamados *wa-tchagas* ó *tchagas*, que habitan la montaña. Entre ellos no tiene ésta un nombre general que designe el conjunto. Cada zona habitada se la designa con un nombre particular: el gran bosque circular se denomina *Msutu*, «bosque sombrío;» la más elevada cumbre *Kibo*, «el Blanco,» y la otra *Kima-Wenzé*, «el Monte camarada.» Por su parte, los *masaias* dicen *Ol Doinyo oibor*, «el Monte Blanco.»

Respecto á este famoso Ndjaró, que Thomson toma por una cosa blanca, y Johnston por un demonio, nos proponíamos hacer una investigación seria en el mismo monte, cuando paseando cierto día en Toveta con unos

(1) Johnston: *The Kilima Ndjaró Expedition*. London.



ZANZIBAR (África Oriental).—Vista tomada desde los terrados. (Pág. 43)

hijos del país, uno de ellos nos preguntó si permanecíamos mucho tiempo en *Kilima-Ndjaró*...

—¿Cómo dices? ¿*Kilima-Ndjaró*?

—Sí.

—Pero ¿qué es *Ndjaró*?

—*Ndjaró, Ndjaré*, en la lengua de los masaias y aun en la nuestra, es agua. Y á aquella grande montaña la llaman «Montaña del agua,» porque de allí salen todos los ríos de aquí y de todas partes.

Los portugueses, establecidos en Mombaza desde 1507, parece sospecharon la existencia de este monte, y Johnston cita un navegante de aquella época, Enciso, que escribe:

«Al Oeste del puerto de Mombaza se encuentra el monte Olimpo de Etiopía, que es muy alto, y más allá los montes de la Luna, donde hay las fuentes del Nilo. En toda esta comarca hay oro en abundancia y multitud de fieras. La población come langostas.»

Aunque hasta ahora nadie ha visto en este país «oro en abundancia,» si el *Kilima-Ndjaró* es el Olimpo, resulta cierto que en la misma dirección occidental, á lo lejos, se hallan las grandes montañas de donde sale el Nilo y que descubrió Stanley. Tampoco faltan allí fieras, y respecto á las langostas, pueden dar fe de su existencia los misioneros instalados en *Kilima-Ndjaró*, pues les han devorado todo el trigo.

El mérito de haber descubierto nuevamente en este siglo el Olimpo africano, corresponde á Rebmann, misionero alemán de la *Church Missionary Society*, de Londres. Un compatriota suyo, el R. Dr. Krapf, había fundado una estación en los alrededores de Mombaza. Por los años 1847 Rebmann se puso en camino hacia el interior, con ocho hombres, y á poco se encontró en los montes de Taita, y luego, más allá de un desierto, el 11 de Mayo vió la soberbia cumbre de Kibo, cubierta de nieve, que con el sol del Ecuador resplandecía como una masa de plata.

En 1861 un viajero alemán, el barón der Decken, muerto después por los somalis en Bardera, junto al Djuba, hizo una excursión á la célebre montaña, á la que volvió el año siguiente, subiendo hasta una altura de tres mil quinientos metros. Con su compañero de viaje Kersten efectuó la triangulación del país y levantó un mapa, si bien algo imperfecto.

Por último otro viajero alemán, el Dr. Hans Meyer, y un alpinista austriaco, el Sr. Putscheller, pudieron, provistos de todo lo necesario, subir á la cumbre más alta, el Kibo, al cual dan una altura de seis mil metros; al Kima-Wenzé cinco mil trescientos, y á la meseta que los une, cuatro mil cuatrocientos.

Las Sociedades de Londres enviaron entonces un viajero distinguido, el Sr. Johnston, para estudiar el lugar, que había excitado la más viva curiosidad en Europa.

En el notable relato de su expedición dicho señor indica así la parte científica:

«Aunque la montaña de *Kilima-Ndjaró* se levanta algo bruscamente en una llanura muy unida, es difícil llamarla aislada: en efecto, sería más exacto decir que una continuación, casi sin solución de continuidad, de

cordilleras seguidas y de picos independientes, la unen con la Abisinia al Norte, Natal al Sur, y quizá con Camerón al Oeste. A juzgar por la flora que ostentan sus regiones superiores, puede considerarse como un terreno común en el que se hallan muchas formas características de esos tres distritos montañosos, tan distantes unos de otros.

«En la grande elevación del *Kilima-Ndjaró*, y en el hecho de que este alto monte nevado se halla en la zona ecuatorial, ofreciendo así una extraordinaria sucesión de climas en sus anchas pendientes, se han visto causas suficientes para haber dado nacimiento ó desarrollo á muchos rasgos curiosos en su fauna y su flora. Condiciones semejantes sólo se habían hallado en la América Central y Meridional, pues ninguna otra montaña de los trópicos se eleva hasta la línea de las nieves perpetuas. Por lo demás, las grandes cordilleras de las regiones poco conocidas siempre interesan mucho á los naturalistas. Los altos montes aislados son con frecuencia como islas en pleno Océano: sirven de refugio y de último retiro á tipos primitivos ó á formas particulares que, en espacios más extensos y habitados, chocan con una rivalidad harto viva y sucumben en la lucha por la vida. O bien algún género ó especie, perteneciente por su origen á un tipo muy extendido, viene á ser, á consecuencia de diversas circunstancias, el habitante aislado de una cordillera alpina ó de una isla solitaria, donde se halla protegido en su desarrollo propio contra los obstáculos naturales que le opondrían la evolución simultánea de sus semejantes; y, como en efecto ha sucedido, puede en estas condiciones, en ausencia de concurrencia vital, adquirir singular exuberancia de formas...

«La cuestión de las relaciones de la fauna y la flora del *Kilima-Ndjaró* con las de las otras regiones es de gran interés, y capaz, una vez decidida, de resolver muchos curiosos problemas relativos á la distribución geográfica de las formas vivientes.»

Interesante para la ciencia, el *Kilima-Ndjaró* lo ha parecido más aun para la política. Durante tres años el sultán de Zanzibar, Alemania é Inglaterra enviaron caravanas con regalos para los jefes, quienes correspondían dando á todos buenas palabras y cambiando de pabellón á cada nueva caravana.

Finalmente, por el tratado de Londres se adjudicó la célebre montaña á Alemania, si bien ha surgido la cuestión, que se está estudiando, de cuál sea la extensión de la misma, pues mientras el comisionado inglés ve la llanura elevarse muy alta en la montaña, el alemán afirma, por el contrario, que la montaña se extiende muy lejos en la llanura.

A consecuencia del viaje del Sr. Johnston, la Sociedad de la Iglesia anglicana, en 1885 envió, desde Mombaza, uno de sus miembros para que tomase posición en el *Kilima-Ndjaró*.

Por su parte el Ilmo. Courmont, vicario apostólico de Zanzibar, deseaba vivamente plantar en él la cruz del Redentor y levantar el altar del sacrificio que guar-

da fielmente la Iglesia católica, pero cada año nuevas dificultades le impiden llevar á cabo su propósito.

Esta vez, sin embargo, parece que lo alcanzaremos. Desde Bagamoyo, en la costa, nos han enviado á Zanzíbar bagajeros escogidos.

Dispuesto todo, nos embarcamos en un vapor inglés que nos conducirá á Mombaza.

¡Que el Angel del Kilima-Ndjaró nos auxilie y guíe hasta él!

EN DAHOMEY

(Conclusión)

EL 8 de Octubre, después del saludo matutino, Mehu me avisó que el mismo día me presentaría al rey. Me compuse, pues, y á las nueve fuimos juntos, él á caballo, con traje de fiesta y escoltado por sus hombres, y yo en mi hamaca, á una de las puertas del palacio. Entró en él Mehu, y momentos después fui introducido en un departamento bajo, contiguo á una cámara, que designaré con el nombre de saloncito. Esta pieza pudiera considerarse adornada, si todos los objetos que contenía no estuviesen en completo desorden. Vi al rey echado en una especie de sofá, cubierto con una tela multicolor, y apoyándose en dos almohadones de terciopelo carmesí con galones de oro. Rodeábanle varias de sus mujeres, vestidas con sus mejores trajes: una tenía un lienzo en la mano para enjugarle el rostro, otra un pañuelo para limpiarle las narices, otra un abanico para hacerle aire, y otra, finalmente, una vasija dorada, conteniendo arena fina, á guisa de escupidera. Cerca del sofá había una mesa con una fuente y licores.

Después de los saludos y apretones de mano de costumbre, y de haber bebido y brindado, hiciéronme sentar á la derecha del monarca; los cabeceras y demás individuos de mi séquito sentáronse en el suelo algo atrás, y los intérpretes á mi lado. Mi conversación con el rey fué larga y cordial. Después de haber cumplido con las exigencias del ceremonial de costumbre, hablamos íntimamente, y pude hacerle mis demandas, que fueron casi todas atendidas.

Siempre que un cabecera acude á palacio para obtener audiencia se presenta vestido de gala: cúbrese con una túnica sin mangas, y se adorna los brazos con anchos brazaletes de plata, ostentando en el cuello sartas de corales y abalorios, tanto mayores y ricos cuanto es más elevado su rango. Al entrar en el palacio se postra en el suelo cuan largo es, gritando:

—¡Ago! ¡ago! ¡ago!

Luego se incorpora un poquito, y nunca está en pie al hablar con el rey. Si éste no le aprueba algún asunto, al momento se pone boca abajo, y se frota con polvo ó lodo la cabeza y la parte superior del cuerpo.

Las audiencias reales concedidas á los blancos se verifican en presencia del Mehu, del Kangbode y del Yevogan (cuando se encuentra en Abomé) ó de uno de sus moços y de algunas mujeres de palacio.

Si, por ejemplo, os place hacer una visita al Míngan,

ministro de justicia, á algunos hermanos del rey ó á otros personajes de la corte, os acompañará constantemente un moço del Mehu y del Yevogan. Así el europeo está siempre en Dahomey con guardas de vista.

Antes de separarnos, Guezo me invitó á visitar las tumbas de sus antepasados y asistir á sus audiencias públicas.

El mismo día, á la una, fui á Becon y tomé asiento cerca del rey. Se inauguraron las discusiones guerreras, y Míngan, el primer ministro, y Mehu, el segundo, lo mismo que los principales cabeceras y jefes militares, fueron llamados alternativamente á discutir los hechos más notables de la última guerra.

A este propósito me hicieron observar una cosa digna de atención. El Mehu y sus tropas han sido hasta el presente los más favorecidos por las circunstancias; habiendo hecho en las excursiones guerreras mayor número de prisioneros, y proporcionado más víctimas humanas. Por esto el Mehu ostenta un bastón de honor, á semejanza de un fusil. En la parte corva de esta insignia, cubierta de cobre rojo, hay treinta y tres clavos, indicando el número de cabezas de jefes enemigos muertos por él ó sus gentes.

En su discurso, el rey pretendía que las capturas de la última guerra no habían sido muy famosas. Las tropas del Mehu acusaban de poltronería á las del Míngan, y las desafiaban. El rey en su alocución final, juzgando que el Míngan no había sido tan favorecido como el Mehu, autorizó á éste á tomar el arma del primer ministro, un ancho y largo cuchillo con la imagen del fetiche del rey.

En Dahomey el cómputo del tiempo no se efectúa como en Europa. Para fijar una fecha, dícese, por ejemplo: «Era yo joven al principio del reinado de este soberano;» «Nació mi hijo cuando el rey saqueó tal país.»

El 9 de Octubre Mehu me anunció que podríamos visitar las tumbas de los antepasados del rey. Por la tarde acompañóme, en efecto, á un vasto patio cuadrado, donde están aquéllas. Consisten en pequeñas chozas de adobe, de forma circular y techadas de paja. El cuerpo descansa en el interior, cuyo suelo es unos treinta centímetros más alto. Adornan las paredes de una de ellas los cráneos de los principales jefes que mató el rey Dako durante su reinado. Hay allí también algunos trozos de cable que supongo proceden de embarcaciones españolas que vinieron á la costa. Vense asimismo fetiques y *jongons* ó cencerros, y sobre el techo un sombrerito chino de plata, que remata en un gallo ó pintada. En el umbral habían puesto una pieza de seda adamascada, y á cada lado soberbios quitasoles de cabeceras.

El patio interior está rodeado de una marquesina ó *appatame* empedrado con cráneos humanos. En sus ratos de ocio, cuando el rey quiere divertirse un rato, viene á bailar sobre estos lúgubres restos, mientras sus familiares cantan sus alabanzas:

—¡Es tan grande, que después de vencer á sus enemigos, les dió muerte, y puede saborear el placer de bailar sobre sus cabezas!



ARABIA.— El desierto. (V. el texto)

El 10 de Octubre á medio día asistí en la plaza de Becón á las paradas reales. El objetivo de los ejercicios militares fué el simulacro de ataque y toma de una ciudad: al asalto seguía el pillaje.

La táctica acostumbrada es como sigue:

Al llegar á distancia conveniente del punto que se pretende asaltar, las tropas se concentran. Algunos centenares de hombres parten como tiradores, rodean la plaza, y al primer tiro el grueso del ejército se adelanta para apoderarse de ella. Lo esencial es hacer gran número de prisioneros.

Al regreso de este simulacro de ataque vi soldados que cojeaban, y apenas podían andar, pero se les obligaba á ir adelante á fuerza de latigazos. A los que se detenían por no poder absolutamente dar un paso, les cortaban la cabeza. Todas esas cabezas las presentaron en seguida al rey.

Permanecí en Dahomey hasta el 12 de Octubre, y partí para Cana con una negrita que me regaló el soberano. Acompañábame uno de los grandes mores de Mehu, portador de una orden para que se me permitiese visitar el palacio de Cana, á donde llegué á las diez. Además del palacio visité un patio que sólo contenía una tumba, la de la madre del rey actual. Era parecida á todas las demás que había visto; pero ¡cuál no fué mi sorpresa al encontrar allí una guardia especial, compuesta de unas veinte Amazonas, armadas con sables y fusiles! (V. el grabado de la pág. 36). No había el sombrero

chino tradicional para los reyes. Adornaban el exterior multitud de cuadros, la mayor parte religiosos.

Mi viaje de regreso á Wydhah no ofreció nada de particular, razón por la cual lo paso en silencio.

VIAJE AL SINAÍ

POR EL R. P. MIGUEL JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

VII

El desierto de Sur y Mara

A LAS palmeras de A'yun Muça sigue una llanura desierta, sin verdor, cortada por cerros de formas extrañas, y que se prolongan hacia el Sur y Norte en una anchura de veinte kilómetros. ¡Cuán bien la denominaron los hijos del Israel desierto de *Sur* ó *Schur*, desierto de la muralla, así en hebreo como en árabe!

La cordillera de Djebel-er-Rahah, prolongación de Djebel-et-Tih, que la limita á Levante, con su tinte gris, su silueta rigurosamente horizontal é indefinidamente larga, presenta como una inmensa muralla al fondo del cuadro. A los hebreos, que venían del Oeste, se les ofreció de frente, después de los lagos Amargos, y lo tuvieron á su lado los tres días que caminaron por el desierto para dirigirse á Mara.

«Y Moisés hizo mover á Israel del mar Rojo, y sa-

lieron al desierto de Sur, y anduvieron tres días por el desierto y no hallaban agua. Y llegaron á Mara (1).»

Asimismo nosotros no llegamos á Mara hasta el tercer día, después de ochenta kilómetros de camino el más triste y monótono. En el horizonte todo aparece calcinado y de un blanco amarillento: á veces, sin embargo, el suelo está lleno de guijarros, é infunde la mayor tristeza. Los espacios que cubren estos guijarros, llanos y de silex gris, con una capa negra de hulla que reluce al sol, se destacan á lo lejos como bosques sombríos.

No se halla ninguna extensión considerable de arena, sino comúnmente cantos rodados en un suelo de formación marina. Por la parte del mar algunos cerros perfectamente horizontales, cuyas escarpas se han ido desprendiendo, dejando la costra superior exceder las paredes verticales á modo de techo, parecen vastas casas, y apenas podemos dar crédito á los camelleros, que nos aseguran que todo es arena ó roca. De vez en cuando se ve el mar reflejando las sombrías tintas del monte Attaka y de los montes Colzín de la ribera egipcia.

Al anochecer los camelleros buscan un lugar donde haya alguna maleza para hacer fuego, é instalar el campamento. Los camellos corren á pacer la poca hierba que por allí se encuentra, y cuando cierra la noche, sin necesidad de llamarlos se reúnen al rededor del fuego para recibir su ración de habas. Los beduínos se frotan las piernas cerca de la llama, y preparan el café que les regalamos. Raba muele con todas sus fuerzas, en una vasija grande de madera, la pasta sin levadura, que pondrán á cocer bajo la ceniza, como lo hacían los hijos de Israel. Estas galletas de pan sin levadura serán nuestra cena y todo el alimento del siguiente día.

Nos encargamos de despertar á nuestros hombres á la primera luz del alba, así que hayamos celebrado la Santa Misa. Enteramente envueltos en sus pobres cobertores, no se distinguen del bagaje sino por su proximidad al fuego. A pesar de que estuvieron conversando hasta muy adelantada la noche, al primer llamamiento están en pie, y en breve está todo dispuesto para la marcha.

Después de esta primera noche pasada en el desierto, atravesamos una región aún más monótona, cortada solamente por ligeras depresiones del suelo, en donde cantos rodados y montones de arena revelan el paso de las aguas de la montaña al dirigirse al mar. Estos valles son tan anchos y poco profundos, que los camelleros no saben indicarnos dónde el uadi empieza y dónde acaba. No dejan, sin embargo, de gritarnos fielmente sus nombres, como se anuncian las estaciones en los ferrocarriles de Europa.

El uadi Sudr separa la cordillera de Er-Rahah de la del Tih. Una montaña redonda, levantándose como una fortaleza sobre la muralla, y denominada Djebel-Bichr, recuerda el fin trágico del sabio orientalista E. H. Palmer, uno de los más distinguidos miembros de la expedición inglesa del año 1880. Perseguido por los beduínos y estrechado contra un precipicio del Djebel-Bichr, prefirió precipitarse en el abismo antes que caer en manos de los asesinos: sus dos compañeros perecieron con él. Los camelleros, que nos cuentan todas las historietas del desierto, tienen la delicadeza de omitir este crimen.

El segundo día vivaqueamos en el uadi Uerdan, el mayor de todos, que tiene cerca de una legua de ancho en este lugar. El día siguiente encontramos la misma aridez absoluta del suelo, sin la menor señal de fuente. ¿Cómo el pueblo de Israel pudo andar tres días sin agua en este espantoso desierto?

Los sabios de la expedición inglesa recorrieron en todas direcciones esta llanura de veintiséis mil kilómetros cuadrados, durante la estación húmeda, y pudieron encontrar seis fuentecitas, todas amargas. ¿No es admisible que, desde el tiempo de Moisés, han desaparecido algunas bajo las arenas rechazadas por el mar ó arrastradas por los vientos, y que otras se hayan abierto paso subterráneo y des-
emboquen en el mar? Los hebreos, pasando por aquel lugar en primavera, podían aprovechar algo las fuentes, sin que al parecer se oponga á ello el Sagrado Texto, conforme el adagio de que lo poco se cuenta por nada. Es de creer también que al salir de A'yun-Muçá para internarse en la inmensa llanura cuya aridez tenía muy conocida Moisés por haberla cruzado en sus viajes al



DOS GUINEAS.—Gorila criado en la Misión de Lambarené.
(Pág. 38)

(1) Exod. xv, 22, 23.

país de Madián, llevarían buena provisión de agua: de otra suerte no se comprende cómo mujeres, niños y rebaños permanecieron tres días absolutamente sin beber, lo que no podrían soportar los mismos beduinos, por acostumbrados que estén á las privaciones del desierto.

Llegaron por fin á Mara los hijos de Israel, «y no pudieron beber las aguas de la fuente, porque eran amargas; y por eso puso un nombre conveniente al lugar, llamándolo Mará, esto es, amargura. Y murmuró el pueblo contra Moisés, diciendo: ¿Qué beberemos? Mas él clamó al Señor, el cual le mostró un madero, y habiéndolo echado en las aguas, se endulzaron.»

Moisés aprovechó la impresión producida por este milagro, para dar prudentes avisos á su pueblo... «Y llegaron á Elim, donde había doce fuentes de agua, y setenta palmas; se acamparon junto á las aguas (1).»

Pasamos por un montecillo en figura de cono, coronado por tapias, á donde suben los beduinos para vigilar lo que pasa en la llanura. Allí hay un bosquecillo impenetrable, pero ni una sola gota de agua. Por lo demás, multitud de cristales de sulfato de cal, que reflejan los rayos del sol, recuerdan los sulfatos solubles de sosa, y especialmente la magnesia, sal de Glauber y sal inglesa. Si no es posible demostrar la identidad de este lugar, llamado A'in Hauara, con Mara, puede por lo menos afirmarse que, en el estado actual de cosas, ninguna localidad de la llanura corresponde mejor á la relación mosaica.

LA CONGREGACIÓN BENEDICTINA DE BEURON

EL Santo Padre ha conferido al P. Don Gerardo van Caloens, procurador general de la Congregación Benedictina de Beuron, la misión de ir al Brasil, para restablecer allá la Orden de San Benito.

Es de suma importancia esta noticia, no solamente para el Brasil, sino para toda la América del Sur, pues es de suponer que el augusto Jefe de la Iglesia desea ver establecida aquella venerable Orden en todas las naciones del Continente americano, donde es casi desconocida la Regla de San Benito.

Con razón da la Historia á este Santo el título de Patriarca de la vida monástica en el Occidente, pues su Regla es la más antigua de las reconocidas por la Iglesia, la primera que dió una organización definitiva á los monasterios.

Ya hace casi mil cuatrocientos años que San Benito escribió su Regla, y hoy todavía sorprende su lectura por las sabias disposiciones, los elevados pensamientos y el espíritu abnegado que en cada página se manifiestan.

Durante muchos siglos han sido las abadías benedictinas el único refugio de la ciencia; á ellas debemos la mayor parte de lo que de la literatura griega y romana poseemos, ellas han sido la base principal del arte cris-

tiano; la arquitectura, la música, el canto, la pintura, deben muchísimo á aquellos humildes monjes.

A ellos deben muchas naciones europeas su actual civilización; ellos fueron los primeros agricultores de la Europa Septentrional; en sus escuelas se educaron casi todos los sabios y artistas de la Edad Media.

La Orden de San Benito ha sido una de las manifestaciones más gloriosas del Catolicismo.

Las riquezas acumuladas en los conventos de San Benito por la laboriosidad de los monjes y por la devoción de los fieles fueron el principal motivo de la guerra encarnizada que los enemigos de nuestra Santa Religión hicieron á los Benedictinos. Los reformadores religiosos y políticos secularizaron los monasterios, echaron á los monjes y se apoderaron de sus riquezas.

A principios de nuestro siglo era tan escaso el número de monasterios benedictinos, que muchos historiadores ya consideraban la gloriosa Institución de San Benito como un recuerdo de tiempos pasados.

El renacimiento del Catolicismo que en todo el orbe se verificó en los últimos decenios, iniciado por el gran Pío IX, continuado y ampliado por el glorioso Pontífice que actualmente es el representante de Dios en la tierra, fué también para la Orden benedictina la resurrección de su letargo secular.

Prodigiosamente se ha aumentado el número de monasterios de San Benito.

Los encontramos hoy florecientes hasta en los países protestantes, como en Prusia, Inglaterra, Suiza y Estados Unidos. Los admiramos rodeados de nuevo brillo en Bélgica, Austria é Italia. Los vemos hasta en África y Oceanía.

Para los que no conozcan la organización de la venerable Orden Benedictina no estarán de más dos palabras sobre este punto. La Regla de San Benito no conoce un superior general de la Orden, como lo tienen los Jesuitas, Dominicos, Franciscanos y otros; muchos monasterios son completamente independientes, y no tienen otra autoridad que la del Abad y la del Papa. Pero la mayor parte de ellos pertenecen á una Congregación, es decir, que están sujetos á la jurisdicción de un abad general.

El de Monte Casino, el monasterio principal de la Orden, su cuna, la fundación de San Benito, no tiene autoridad sobre las otras Congregaciones, y se le considera solamente como *primus inter pares*.

Pertenece á toda la Orden el convento de San Anselmo en Roma, donde los monjes más aventajados completan sus estudios teológicos: es un establecimiento parecido á los numerosos colegios nacionales que hay en Roma.

De las Congregaciones benedictinas la más importante es la de Beuron, pueblecito situado en la Alemania Meridional, en territorio prusiano. Sus fundadores fueron dos hermanos Mauro y Plácido Wolter, sacerdotes seculares y doctores en filosofía ambos, los cuales, impulsados por vocación divina, entraron en el noviciado de la célebre abadía de San Pablo, en Roma.

Profesaron en 1857, y poco después mandó Pío IX á estos dos Religiosos á su patria, Alemania, para restaurar allá la Orden Benedictina.

¡Ardua tarea para dos hombres! Pero Dios los acom-

(1) Exod. xv, 23, 24, 25, 27.

pañaba en su santa obra, como lo demuestran las siguientes noticias estadísticas.

Pertenecen á ella hoy 8 monasterios, siendo 6 de monjes y 2 de monjas. De aquéllos están situados dos en Alemania, dos en Austria, uno en Bélgica y uno en Inglaterra. Su personal se compone de 180 profesores, 30 novicios, 110 Hermanos legos profesores y 70 novicias; además 118 monjas profesas, 14 novicias, 9 Hermanas profesas y 11 novicias.

Claramente se ve que la Providencia Divina ampara y protege á los monjes de Beuron: ¿no se puede y debe esperar que la misión de don Gerardo van Caloens obtenga en el Brasil un éxito brillante?

CRÓNICA

Roma.—El Vaticano ha salido triunfante en las recientes negociaciones con Austria y Turquía, á propósito de los católicos *mirditas*. Quería el Austria comprender á estos pueblos en su protectorado, juntamente con los católicos moradores de la Rumelia ó Turquía europea. Protestaron los *mirditas* ante Su Santidad, y León XIII, de completo acuerdo con el sultán Abd-ul-Hamid, ha resuelto el problema nombrando vicario apostólico de los *mirditas* á Mons. Doroteo, alumno de la Propaganda Romana. Un firmán especial ha reconocido como válido el nombramiento del Pontífice.

—El cardenal Ledochowski, prefecto de la Congregación de la Propaganda, ha distribuido las siguientes sumas para la obra antiesclavista.

A los Padres trapenses del Congo belga, 100,000 liras; al vicario apostólico de Sierra-Leona, 20,000, y al vicario apostólico del Ubanghi, 40,000.

—Ha llegado á Roma, procedente del Sudán, una Princesa de este país, recientemente bautizada con el nombre de María. La Princesa negra, rescatada por las Misiones, entrará dentro de pocos días en un convento de Religiosas de Milán.

Tierra Santa.—El Rdo. P. Rafael Piperni escribe, con fecha 24 de Marzo de 1893, sobre la Obra Salesiana de la Santa Familia, de Belén:

«El día 27 del mes de Junio de 1891 es la fecha de un acontecimiento grato en los anales de esta Obra: en ese día tres Padres Salesianos desembarcaron en el puerto de Jafa y pisaron por primera vez la tierra de promisión, con rumbo á Belén, al establecimiento de la Santa Familia, en compañía del Rdo. P. Belloni, que fué su fundador. Ese día lo fué de regocijo para cuantos conocían á los Salesianos, la altura de su misión en el mundo entero, y las necesidades de Palestina. A ellos debían seguir otros. En efecto. A mi regreso á Belén, en el mes de Julio de 1890, encontré los establecimientos de Belén para artes y oficios, y los dos de agricultura en Cremizán y en Beitgemal, muy llenos de niños huérfanos salvados de la miseria y de la perdición, repartidos en los tres establecimientos, según su inclinación y edad. El personal directivo, atareado con tanta juventud, era poco é insuficiente: sus fuerzas se agotaban cada día más, por lo que era imperiosa la necesidad de algún refuerzo. ¿Dónde hallarlo?... El clero de Palestina no basta para las necesidades de la diócesis, en la cual eran y son todavía muchos los pueblos cismáticos que piden misioneros católicos para ayudarles á volver al redil de la Iglesia: de ese escaso clero nada teníamos que esperar. Los colegios en Europa, aunque en buen número para formar misioneros para la propagación de la fe, cuentan con muy pocos alumnos para tanta mies de un extremo al otro del mundo: era también inútil esperar ayuda de este otro lado. No nos habría quedado otro medio que la de traer á Belén personal pensionado, que no habría nunca correspondido á las exigencias de la Obra; y á más de eso ni

recursos había para ello. ¿Qué hacer, pues? Las necesidades eran urgentes...

«En esos momentos Dios vino en nuestra ayuda, inspirándonos el pensamiento de dirigirnos á la Casa Central de los Salesianos en Turín, y proponerles la agregación de nuestra familia á la suya.

«La Obra de los Salesianos es muy conocida; su misión es la misma que la nuestra en Belén; es decir, recoger niños pobres, abandonados, educarlos en la Religión y en el trabajo, artes y oficio, enseñarles música, agricultura, etc., y aun promover entre ellos las vocaciones al estado eclesiástico.

«La Pía Sociedad Salesiana tiene Institutos con este mismo benéfico y grandioso objeto en todas partes del mundo: el personal de que dispone es apto para todo, y numeroso, para poder responder á las solicitudes que á dicha Sociedad se hacen constantemente de todos puntos, de señores Obispos y hasta de los mismos Gobiernos de la América del Sur, absorbiendo la mayor parte de su personal la Misión de la inmensa región de Patagonia y la Tierra del Fuego, dividida en dos vicariatos apostólicos y en una prefectura apostólica, á más del nuevo vicariato apostólico del vasto territorio de Méndez, al Oriente de la República del Ecuador.

«Con todo, el Superior general dió buena acogida á nuestra solicitud, y en pocas semanas, de acuerdo con la Santa Sede, cuyo beneplácito se necesitaba, y con el del patriarca de Jerusalén, Ilmo. Piavi, se realizó la deseada unión ó fusión de las dos Familias.

«A los tres meses pudieron ser mandados á Belén treinta Salesianos, unos sacerdotes, otros jefes de talleres, otros agricultores, unas Hermanas de María Auxiliadora, y también algunos estudiantes de filosofía y teología, éstos últimos para que á la vez que hicieran tales estudios, pudiesen dedicarse á los de la lengua árabe, la cual es muy difícil, y se hallasen así aptos, á su tiempo, para la enseñanza del Catecismo y la predicación á los alumnos, y para atender también, con fruto de las almas, al servicio de la hermosa nueva iglesia del Sagrado Corazón de Jesús aneja al Instituto de la Sagrada Familia en Belén, distante cinco minutos de la Gruta Sagrada en que nació nuestro Divino Redentor.

«Ese personal fué repartido en las tres casas, y trabaja desde entonces con ahínco y abnegación heroica, para la gloria de Dios y el bien de la juventud desvalida de Palestina.

«El corazón me dice que día ha de llegar en que los Salesianos lleguen á favorecer con su caridad á la juventud de la Siria, del Monte Líbano, regiones de las cuales habíamos nosotros recibido, hace años, reiteradas solicitudes para establecer allí institutos como el del asilo de Belén; y aunque no pudimos aceptarlas por falta de personal, hoy que el porvenir se nos presenta más halagüeño, confiamos que la ciudad de David, la mil veces querida Belén, será de veras la cuna de los nuevos bienhechores del Oriente, y lugar de reposo para los misioneros Salesianos que van á las Indias, China y Japón (en donde se les aguarda con impaciencia desde hace muchos años) para inspirarse en el espíritu de sacrificio allí en donde derramó sus primeras lágrimas para la salvación del mundo el Hijo de Dios y de la Virgen Santísima de Nazaret. Si es Alejandría de Egipto el puerto de descanso para los mercaderes que van al Oriente y vienen al Occidente, sea Belén, á pocas horas de distancia, el puerto de descanso de los nuevos apóstoles, los Salesianos: sea Jerusalén, el Calvario, su faro salvador en sus idas y venidas...

«Pero con haberse dichas Casas agregado á los Salesianos, no quiere decir que ya no necesiten vivir más de la caridad pública; no, sus necesidades, al contrario, han aumentado grandemente y aumentan cada día en proporción de la importancia que va adquiriendo la fusión de las Familias, como arriba lo he expresado, y del desarrollo de la Obra, que es lógica consecuencia. Necesitamos, pues, recursos siempre, mientras haya huérfanos y desvalidos que proteger.

«La Obra de la Santa Familia sigue orando por sus bienhechores presentes, y también por los pasados, celebrando por vivos y difuntos las misas fundadas en perpetuidad.

«Ya tienen más de una prueba de que sus limosnas no quedaron perdidas, y que dieron al contrario frutos consoladores de gracia

y salud; y si han sido bien empleadas en lo pasado, lo serán mucho mejor en adelante.»

Filipinas.—Además de la Real Pontificia Universidad de Manila, tienen los Padres Dominicos en aquella capital la propiedad, dirección y enseñanza del Instituto provincial, que á la vez es colegio con alumnos internos, bajo el título de Santo Tomás y San Juan de Letrán. Las imposiciones de matrículas de este colegio en el pasado curso fueron 5,371. Alumnos externos, 1832. Alumnos internos, 196.—*Colegio de San Alberto Magno en Dagupán*, provincia de Pangasinan. Fué edificado de nueva planta, é inaugurado el día 3 de Julio de 1893. Número de alumnos, 209; internos, 40.—*Colegio de Dominicas de Lingayen* (Pangasinan.) Fué fundado en 1890, y cuenta 52 niñas internas y 40 externas.

Tiene además la Orden en Filipinas el gran beaterio-colegio de Santa Rosa, en Manila, y otro recién fundado en Tuguegarao.

—Según la última estadística oficial, la Provincia de San Gregorio Magno de Padres Franciscanos de Filipinas, cuenta actualmente 468 Religiosos residentes en los Colegios de Pastrana, Consuegra, Arenas de San Pedro, Belmonte, Puebla de Montalbán y Almagro, y en el Convento de Manila, hospitales, enfermerías, parroquias y Misiones del Archipiélago. Evangelizan parte de 15 provincias de Filipinas, y tienen á su cargo 153 parroquias y 17 Misiones con 1.077,239 almas. Durante el año de 1892 administraron 50,502 bautismos. En todos los Colegios de España y en varios pueblos de Filipinas tienen establecida y conservan muy floreciente la V. O. Tercera. Tienen también bajo su dirección el Convento de Clarisas de Manila, que cuenta 35 Religiosas.

América Meridional.—El ínclito misionero salesiano reverendo P. Miguel Unia, ha estado en grave peligro de ser víctima de su celo en el cuidado de los leprosos de Agua de Dios, en Colombia. Acometido de gravísimo mal, no de la lepra, fué llamado á Bogotá. Dijéronle los médicos que para curar de su enfermedad debía ausentarse de los leprosos, al menos por un año, y hacer un largo viaje por mar. Pero oído que hubo semejante dictamen, sin poderse resolver á seguirlo, se volvió prontamente á Agua de Dios. No le fué dado continuar allí muchos días, porque el Arzobispo de Bogotá, al saber el peligro que corría el P. Unia, le llamó bajo pena de suspensión, y le persuadió que debía seguir las prescripciones de los médicos.

Resolvióse, en consecuencia, á hacer un viaje á Italia; pero con billete de ida y vuelta. A Dios gracias, ha mejorado notablemente.

Al cuidado de los leprosos ha quedado otro misionero Salesiano, y no tardarán en ir á acompañarle otros hijos de Don Bosco.

VARIEDADES

LAS HORMIGAS COMESTIBLES

Varios pueblos del Africa Central, del archipiélago indiano y del Brasil se regalan con platillos preparados con estas hormigas.

Según relación de M. Labarre, que ha vivido largo tiempo en el Brasil, en la provincia de San Pablo, algunas mujeres preparan en cierta estación del año, las hormigas llamadas *Formigas tanajuras*, y como acontece entre nosotros con otros comestibles, anuncian su venta por las calles gritando: *Va ica*, que quiere decir *para comer*, y el pueblo las consume. Los vendedores las visten para llamar la atención de los transeúntes. Estas hormigas, así vestidas, las venden también en botes de cartón con el rótulo *Formigas tanajuras vestidas*. Unico depósito, en San Pablo (Brasil).

Estos *himenópteros* son temibles en las plantaciones, pues en una noche son capaces de despojar de sus hojas gran número de plantas, lo que en el café, por ejemplo, constituye una pérdida total de la cosecha en las plantas despojadas.

Los nidos de estas hormigas, ú hormigueros, se encuentran á distancia de 30 metros uno de otro, formando montículos de 60 centímetros de altura con base de 1 metro 20 centímetros, y su color es el mismo del terreno en que se han levantado.

M. Labarre ha visto más al Sur algunos de estos montículos de 1 metro 50 centímetros de diámetro por 1 á 1'50 centímetros de altura, y los ha encontrado también en Paraiba, á lo largo de la costa de San Fidel. Las hormigas comestibles del Brasil de que acabamos de hablar, constituyen una especie aparte, *Atta cephalotes* de los naturalistas, que comprenden las hormigas comunes de mayores dimensiones.

Como en las especies indígenas de Francia, el macho y la hembra son alados, pero lo notable en éstas es la diversidad de formas y tamaños de las neutras.

La *Atta cephalotes* ha recibido, á causa de sus instintos, los nombres de *hormiga de visita*, *cortadora de hojas* y *hormiga de parasol*. Estas sólo salen de noche, teniendo cuidadosamente cerrados los hormigueros durante el día con hojas secas y guijarros, que por la tarde depositan á poca distancia de las aberturas ó entradas, para utilizarlos de nuevo.

El nombre de *cortadora de hojas* se ha dado á las *Atta*, á causa de que para transportar las que consumen las cortan en ruedecillas que conducen verticalmente, formando una procesión de singular aspecto, según dicen los viajeros.

El nombre de *hormiga de visita* se les ha dado á causa de las invasiones nocturnas que hacen en las casas pillando toda clase de provisiones, y especialmente la yuca, cuyo nombre se les ha dado también sin poder fijar qué hacen con ella.

De las diversas opiniones sobre el uso que hacen de los fragmentos de hojas, parece que en el hormiguero sufren una transformación que los convierte en una materia papiracea gris ó morena para la construcción de celdillas exagonales parecidas, aunque menos perfectas, á las de las abejas y avispa. M. Belt supone que estas hojas sirven solamente para transformarlas en una especie de mantillo donde se deposita la comida de las hormigas.

SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

| | |
|--|---------|
| Gil Usón, Pbro. de Calamocha. | 2 ptas. |
| P. E., de Barcelona. | 2 » |
| Gonzalo Caballero, de Bilbao. | 25 » |
| F. F. C. | 15 » |
| José M. ^a Arrarás, de Pamplona. | 6 » |

Para las Misiones de África

| | |
|------------------------------|------|
| Una persona piadosa. | 20 » |
|------------------------------|------|

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Píno, 5, Barcelona